

Rubén Jiménez Ricárdez

**Marx y su teoría de la Revolución
para el mundo subdesarrollado**

El obrero inglés común odia al obrero irlandés como a un competidor que deprime los salarios y el nivel de vida.

Experimenta hacia él antipatías nacionales y religiosas. Lo ve más o menos como los blancos pobres de los estados del sur de América del Norte, veían a los esclavos negros. Este antagonismo entre los proletarios en la propia Inglaterra, es alimentado artificialmente y sostenido por la burguesía. Sabe que esta división es el verdadero secreto para mantener su poder [...] Al fin, lo que nos mostró la antigua Roma, se repite actualmente en Inglaterra en escala monstruosa.

El pueblo que explota a otro pueblo se forja sus propias cadenas.

–Carlos Marx

¿QUÉ MARX, QUÉ MARXISMO?

La vigencia de Carlos Marx en las esferas de la política y de la cultura parece indiscutible. Abriéndose paso a través de una interminable polémica de refutaciones y defensas, sus ideas ocupan hoy un sitio preeminente. Es verdad que han recorrido caminos azarosos —de la difusión y desarrollo a la parálisis dogmática y al resurgimiento—, pero por su persistencia pudieron ser equiparadas a las de la escuela aristotélica, que dominaron el pensamiento humano durante casi dos mil años. Y, en esa comparación, destaca la rapidez de la capacidad autorrestauradora del marxismo. Su surgimiento, que revolucionó los viejos modos de pensar y esclareció los objetivos de un movimiento de masas que no ha cesado de crecer, marca en la historia el "inicio de una nueva civilización".¹ Pero su vigencia no debe separarse de su universalidad, sin paralelo en la historia de las ideas. Una ecumenicidad directamente ligada a la expansión planetaria del que fue objeto de estudio fundamental de Marx: el modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio a él correspondientes. Su crítica radical de este modo de producción probó, a lo largo de más de un siglo, ser capaz de comunicar algo valioso para orientar la lucha de las clases subalternas de la tierra. Más acá, sin embargo, de los justos motivos de celebración conmemorativa, es preciso preguntarse: ¿qué Marx, qué marxismo? Parece una pregunta pertinente al comienzo de un ensayo que quiere aportar algunos elementos para una reinterpretación de la teoría marxista de la revolución a partir de la fuente original.

Pero es apropiada también desde una perspectiva más amplia. Como lo presintió Hegel en su momento, también ahora "vivimos en tiempos de gestación y de transición hacia una nueva época.". El capitalismo, y con él el mundo, pasa por la más extensa, profunda y peligrosa de las crisis de toda su historia, determinada por la magnitud sin precedentes de las fuerzas productivas y de las fuerzas destructivas que ha logrado acumular. En América Latina atravesamos un periodo revolucionario, mientras que las direcciones del movimiento obrero de los países imperialistas, y la misma clase obrera de esas naciones, carecen por ahora de estrategia y ánimo revolucionarios. El atraso, confusión y descomposición políticos de Europa

1 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, ed. Era, México, t. 5 (de próxima publicación), cuaderno 16 (XXII), párrafo 9: "La filosofía de la praxis no sólo pretendía explicar y justificar todo el pasado, sino explicarse y justificarse también a sí misma [...] [re-presenta] la conquista real del mundo histórico, el inicio de una nueva civilización". Pero es, todavía, "una nueva cultura en incubación que se desarrollará con el desarrollo de las relaciones sociales". Cf. Karl Korsch, *Karl Marx*, ed. Ariel, Barcelona, 1975, p. 64: "Marx y Engels, rompiendo con la unilateral idea corriente de progreso, han mostrado en las formas lejanas, `salvajes' y `bárbaras' de vida social que han precedido a la moderna sociedad civilizada burguesa, junto a su miseria, oscuridad y atraso, también formas que se diferencian ventajosamente de las actuales condiciones `civilizadas'; así han continuado la `crítica de la civilización'."

son hoy mayores que los anotados en 1965 por un agudo observador:

El marxismo y el socialismo han sido productos de Europa occidental [...] [Pero] han perdido terreno en Europa occidental [...] ¿Habremos de esperar hasta que el marxismo y el socialismo hayan conquistado el mundo, y permanecer allí, los últimos en la cola, esperando a que vuelva a nosotros? ¿O nos salvaremos de nuestro propio atraso creciente y aterrador?²

No lo sabemos. Lo que debería resultar evidente en nuestros días —y aún más desde nuestra favorable ubicación latinoamericana—, es que el curso de la revolución mundial no puede comprenderse desde una óptica eurocéntrica; sólo cobra sentido en conexión con la totalidad del mercado mundial imperialista. Y si el "pesimismo de la inteligencia" que cunde epidémicamente en Europa, producto él mismo de un profundo reflujo, todavía gana adeptos entre muchos intelectuales latinoamericanos, ello se debe, entre otras muchas causas, a la incompleta erradicación del colonialismo cultural. Esos fenómenos, en todo caso, se presentan en el marco de una crisis de amplitud mundial. Otra vez, la cadena de la dominación imperialista se viene rompiendo por los eslabones más débiles. Un nuevo periodo de ascenso se verifica desde principios de la década de los setenta y hay que decir que esta oleada revolucionaria sobresale por su prolongada duración. Trasladando su epicentro, el drama revolucionario ha ocupado sucesivamente distintos escenarios nacionales y/o regionales: Chile-Cono Sur, Vietnam-sureste asiático, Angola, y desde la victoria sandinista en Nicaragua se instaló en América Central: allí, el desarrollo de la guerra en El Salvador se convierte en un punto de definición y prueba para la estrategia del imperialismo, pero también para las fuerzas revolucionarias mundiales. Es natural, en estas condiciones, que la contrarrevolución tense sus fuerzas y que —desde su centro de poder: el Estado y el gobierno estadounidenses— despliegue sin pausa un combate multidimensional: ideológico, político y militar.

Por otra parte, la larga crisis del movimiento marxista internacional agrupado en los partidos comunistas (una de las causas del complejo fenómeno ideológico que muchos, con acrítico apresuramiento, han calificado de "crisis del marxismo") llegó a una desembocadura. Sobre todo —pero no exclusivamente— en Europa, se tradujo en un auge de políticas reformistas y de conciliación de clases sustentadas en una sobrevaloración de las posibilidades de la democracia representativa burguesa, al tiempo que apareció un nuevo

² Isaac Deutscher, *El marxismo de nuestro tiempo*, ed. Era, México, 1975, p. 26. Las únicas organizaciones que mantienen viva la lucha revolucionaria en Europa occidental son el IRA irlandés y la ETA vasca.

revisionismo, se generalizó la confusión y se diseminó un estado de ánimo conservador y pesimista.³ Pero como la historia y el pensamiento no siguen un curso lineal, sino desigual y contradictorio, los últimos años también han contemplado un florecimiento del marxismo en el plano teórico.⁴ El hecho más significativo a este respecto lo constituye lo que podríamos llamar un redescubrimiento de Marx, que permite superar el "defectuoso conocimiento" de su obra y redescubrir al Marx crítico de la filosofía especulativa y del Estado representativo (de *todo* Estado representativo y por lo tanto del mismo *Estado de transición*) y, más en general, del Marx crítico no sólo de la economía, sino también de la política, del derecho y de la filosofía.⁵

En la base de ese redescubrimiento se encuentran varios procesos convergentes. Por diferentes causas, que aquí no es posible detallar, los dos procesos correlacionados y decisivos pasaron casi inadvertidos a los comentaristas. Uno lo constituye la inmensa acumulación de capital que produjo el auge de la posguerra, y la consecuente intensidad y amplitud de las contradicciones del sistema que salieron a la superficie —revalidando el análisis de Marx— ya desde fines de los sesenta. El otro lo aporta la lucha de masas, sumo elemento vivificador, si alguno hay, para el marxismo. Desde el triunfo de la revolución china en 1949 ha venido aumentando el número de países que se encaminan al socialismo. Esos avances revolucionarios introducen nuevos contenidos de realidad, de historia, en el marxismo. Prueban en la práctica la capacidad de éste para amalgamarse con las más diversas tradiciones culturales, modificándolas positivamente. Y al evidenciar el carácter proteico de la revolución, esto es, la variedad de formas organizativas y de fuerzas motrices que pueden combinarse para hacerla, critican en los hechos y con rudeza todo dogmatismo y sectarismo. Debemos sólo lamentar la lenta asimilación de esas críticas prácticas en la conciencia y en la

3 "Mis propias ideas vacilan". "¿Para qué sirve la crítica radical, la de la vida cotidiana, la del Estado?": así se confesaba Henri Lefebvre en una carta a Octavio Paz en 1980, incluida en *La presencia y la ausencia*.

Contribución a la teoría de las representaciones, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 10. Otros simplemente abandonan el marxismo proclamando su "descalabro" (¿no es más bien el descalabro de sí mismos lo que proclaman?), tal el caso de Lucio Colletti, en un artículo que —¿a alguien extraña?— Octavio Paz se apresuró a publicar en México: "Marx: ¿profeta o científico?" *Vuelta*, n. 79, junio de 1983.

4 "Jamás desde la época heroica de los fundadores del moderno pensamiento revolucionario, ha sido el materialismo histórico tan obviamente fértil y productivo como hoy." Allí mismo, Perry Anderson, que reconoce cambios positivos en la política interna y externa de la Unión Soviética, ubica el origen de la "tremenda decepción política de los intelectuales y los trabajadores" europeos en los sucesivos fracasos de las alternativas maoísta y eurocomunista. Sostiene: "el eurocomunismo no ha resuelto ninguno de los problemas de una estrategia realista y eficaz para la revolución socialista en el área imperialista", en tanto "la Unión Soviética sigue su camino con todas sus deformaciones y defectos. Globalmente es un factor de progreso en la historia mundial", Perry Anderson, "¿Existe una crisis del marxismo?", *Dialéctica*, año v, n. 9, diciembre de 1980, pp. 145-58.

5 Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, ed. Era, México, 1976, p. 14. Subrayado por el autor.

teoría. Las cuales, por lo demás, se expresan al nivel de la conciencia social cuando los luchadores revolucionarios proclaman el carácter único e irrepetible de su experiencia.

Otro proceso, "interno" para el marxismo, arranca del XX Congreso del PCUS de febrero de 1956, con el cual la dirección soviética inició la desestalinización. Pero con ello también se abrió el periodo conclusivo de la crisis de los partidos comunistas, que ahora, en estos sus días de confusión y quiebra política, arriban a una encrucijada: o terminan traicionando del todo sus declarados principios, o inician un camino de renovación y rescate de los mismos (una rectificación que en América Latina emprendió el PC de El Salvador, y a la que parecen estar dispuestos el PC chileno y sectores de esos partidos en otros países de la región). La desestalinización (un proceso todavía inconcluso) posibilitó el acceso más libre a la teoría acumulada. Se derrumbaron dogmas y Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Gramsci, Mariátegui, etcétera, pudieron ser leídos directamente; es más, y sobre todo, al caer la deformante lente stalinista, se forjó el imperativo de asimilarlos con espíritu abierto y crítico y desde la perspectiva que brinda la experiencia histórica acumulada. Con todas las negativas consecuencias para el socialismo que derivan del enfrentamiento chino-soviético, se puede reconocer que en sus inicios aportó elementos para el combate antidogmático, aunque —no tan paradójicamente— los maoístas propusieran un nuevo dogma, desde hace años en crisis y descomposición: el pensamiento de Mao como el marxismo de nuestro tiempo. En América Latina la revolución cubana inauguró una nueva época, y al calor de las luchas se viene construyendo un marxismo vivo y crítico que, no sin errores, deformaciones y retrocesos, arraiga en nuestra realidad. Sobresale la obra de Guevara, rara mezcla de imperativo moral y política revolucionaria, en cuyas páginas se alberga no sólo la crítica implacable de la sociedad existente, sino también la pasión y el aliento que han caracterizado a los mejores luchadores por el comunismo. Es evidente la obligación de continuar, de manera activa y crítica, la lucha contra el dogmatismo, el sectarismo, la tergiversación y los errores.

El mencionado redescubrimiento de Marx tuvo lugar en ese contexto contradictorio y agitado. En el ámbito de la cultura se cumplió con la publicación o reimpresión de sus obras más importantes en ediciones críticas y cuidadas, se restableció su completo itinerario intelectual y se suscitó una vasta discusión reinterpretativa. Autores y libros condenados por el stalinismo volvieron a circular con cierta amplitud y se desarrollan numerosas investigaciones sobre la historia del marxismo en el campo de las ideas y en el de la política práctica. Sobre bases documentales se puede discernir ahora, las más de las veces, entre los logros y los errores de las revoluciones realizadas. Con lo dicho hasta aquí, el balance debería resultar satisfactorio, y sobre todo alentador porque la renovación y el ensanchamiento del

horizonte crítico del marxismo significan una conquista fundamental de nuestra época. Pero no pueden verlo así quienes han capitulado o se disponen a hacerlo, o aquellos que sólo pueden respirar con libertad en el ambiente "seguro" y cerrado de la secta y del dogma. El marxismo sólo puede aspirar a la vitalidad si se sitúa en el centro de los cambios de la vida histórica y, al contrario de contribuir a su petrificación en la apariencia y en la conciencia, capta su fluidez en la teoría y se convierte cotidianamente en guía para la acción de las clases explotadas y dominadas. La obra de Marx aparece ante nosotros como una veta todavía insuficientemente aprovechada de riquezas interpretativas, pero evidentemente no constituye un universo teórico cerrado: debe ser considerada como el sólido cimiento de un proceso cultural y político (colectivo) en continua creación y en permanente movimiento. De allí que, si desde el marxismo no es posible renunciar a las conquistas culturales del pasado ni del presente, tampoco sea válido renunciar a ninguno de los aspectos que integran su propia historia. Pero asimilar todo ello de manera crítica es una obligación, porque si alguna ortodoxia conserva plena vigencia por fecunda, es aquella que afirma sin ambigüedades la plena autonomía del pensamiento marxista.⁶

Desde esa perspectiva es posible recuperar el *proyecto histórico* del comunismo científico. Lejos de la escatología y el utopismo, fue propuesto a las fuerzas revolucionarias de la sociedad como un "se puede llegar a tal lugar". Con consecuencia lógica, brotó del estudio del proceso de producción capitalista:

La libertad [...] sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero éste siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base.⁷

6 Gramsci lo dice en su lenguaje peculiar: "La ortodoxia no debe ser buscada en éste o aquel de los partidarios de la filosofía de la praxis [...] sino en el concepto fundamental de que la filosofía de la praxis se `basta a sí misma', contiene en sí todos los elementos fundamentales [...] para vivificar una integral organización práctica de la sociedad, esto es, para llegar a ser una civilización íntegra y total", cuaderno 11 (XVIII), *Cuadernos de la cárcel*, ed. cit., t. 4 (de próxima publicación).

7 Karl Marx, *El Capital*, ed. Siglo XXI, México (cito siempre de esta edición de los tres tomos en 8 volúmenes, publicados entre 1975 y 1981), t. III, vol. 8, p. 1044. Cf. t. I, vol. 1, p. 97: "La figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, sólo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, éstos la hayan sometido a su control planificado y conciente. Para ello, sin embargo, se requiere una base material de la sociedad o una serie de condiciones materiales de existencia, que

Es un proyecto puesto en la historia cuyos presupuestos son dos: la riqueza material y el control colectivo y racional de la misma. La base de las enormes dificultades y deformaciones que han debido enfrentar las sociedades nacional-estatales que luchan por construir el socialismo, se encuentra precisamente en la escisión de esos dos presupuestos materiales. Se trata en última instancia, como logró verlo Lenin ya en 1918, de una escisión entre las condiciones económicas y las políticas para el desarrollo armónico y acelerado del socialismo.⁸ El único espacio adecuado para construirlo, además, es el planeta entero: hoy es más evidente que nunca que sólo podrá coronarse cuando ese metabolismo con la naturaleza lo regule racionalmente una sociedad mundial de productores sobre una economía mundial. Es un objetivo que pueden y deben asumir conscientemente las fuerzas históricas y que, por lo mismo, impele a la revolución:

[...] los individuos no pueden dominar sus propias relaciones sociales antes de haberlas creado. Pero es también absurdo concebir ese *nexo puramente material* como creado naturalmente [...] El nexo es un producto de los individuos. Es un producto histórico [...]⁹

Y el significado más profundo de la revolución es este: que las masas *comienzan* a tomar en sus manos el manejo de sus propios destinos en el mismo momento en que subvierten las condiciones que las oprimen y las dominan. Al levantarse contra el nexo social existente (cuyas clases dominantes luchan como *Estado* contra la revolución), y trastocarlo, *empiezan* a poner "bajo su control" las fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción que se yerguen ante ellas "como un poder ciego". El inicio de la dominación de las clases hasta entonces dominadas (la mayoría de la sociedad) sobre su propia historia, se da, por supuesto, dentro de las "circunstancias que existen y transmite el pasado". La revolución es, por eso, la irrecusable mediación histórica que abre la transición y el método educativo insuperable que prepara a las masas para tomar en sus manos el control de su

son a su vez, ellas mismas, el producto natural de una prolongada y penosa historia evolutiva".

8 "La historia [...] ha ido tomando un curso tan peculiar, que en 1918 dio a luz dos *mitades inconexas* del socialismo [...] *Alemania y Rusia* son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro", V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1970, t. XXIX, p. 93. El mismo juicio lo repitió en 1921: cf. *ibid.*, t. XXXV, pp. 207-08. Subrayados míos.

9 Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858* (en adelante citados como *Grundrisse*), ed. Siglo XXI, México (cito siempre de esta edición en tres tomos, publicados entre 1971 y 1976), t. 1, p. 9. El subrayado es de Marx, quien agrega: "La ajenidad y la autonomía con que ese nexo existe frente a los individuos demuestra solamente que éstos aún están en vías de crear las condiciones de su vida social en lugar de haberla iniciado a partir de dichas condiciones. Es el nexo creado naturalmente entre los individuos ubicados en condiciones de producción determinadas y estrechas".

futuro. Ése es el sentido profundo de la tercera "Tesis sobre Feuerbach": "La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*".¹⁰

En ese *proyecto histórico* no se encuentra ningún pronóstico, ninguna profecía. Se plantea una posibilidad objetiva; tornarla realidad corresponde a las fuerzas histórico-sociales. Pero además, como los caminos de la historia no son rectos, a los ojos de Marx aparece clara la posibilidad de una gigantesca involución histórica. Ya desde *La ideología alemana* se revela que el modo capitalista de producción, junto al desarrollo de inmensas fuerzas productivas, produce también, y en ello se manifiesta su contradictoriedad esencial, enormes fuerzas destructivas. La lucha de clases, se dice en el *Manifiesto*, puede producir dos resultados totalmente opuestos: "terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes". Por eso, porque el proyecto se propone a la conciencia de las fuerzas revolucionarias sociales y depende de su lucha práctica, se resuelve en una alternativa: *socialismo o barbarie*. Incluye, por consiguiente, una ética y una moral históricamente determinadas. Ese carácter también destructivo del modo capitalista de producción que, "conforme a su esencia, a partir de cierto punto excluye todo perfeccionamiento racional", involucra por completo la fundamental relación de la sociedad con la naturaleza, "o sea, de la base de toda vida social y por tanto de toda historia real". De allí la sinrazón de Octavio Paz y otros que acusan a Marx de sustentar una ilusoria fe en el "progreso". Marx ve, adelante también de los llamados ecologistas, que

la producción capitalista [...] por una parte acumula la fuerza motriz histórica de la sociedad, y por otra perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra [. .] La producción capitalista, por consiguiente, no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador.¹¹

He allí el proyecto y su medio ineludible: la revolución social.

LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN EN *EL CAPITAL*

¹⁰ Subrayado de Marx. *El carácter educativo* de la revolución se destaca en numerosas páginas de Marx y Engels.

¹¹ Las tres últimas citas se encuentran en *El Capital*, cit., t. I, vol. 2, p. 587; vol. 1, p. 219, n. y vol. 2, pp. 611 y 612-13. Subrayado de Marx. Véase también, t. III, vol. 8, p. 1034.

Es imposible llegar al fin sin los medios. Y el gran medio histórico para llegar al socialismo y al comunismo es la revolución, pues la sociedad no ha inventado hasta ahora ningún otro. La revolución fue el faro que guió el trabajo científico y la acción política de Marx; por eso, hay que recolocarla sin concesiones en el centro de su pensamiento.¹² En esa categoría se sintetiza, con toda la tensión que le es inherente, la unidad de teoría y práctica. Vértice de su obra, sólo ha producido confusiones el mito, frecuentemente repetido, de las "dos almas" de Marx: la del "científico" y la del "revolucionario", visto este último como afanoso impaciente en espera de la "próxima revolución".¹³ Es la misma "dicotomía" entre un Marx científico y un Marx profeta que creía encontrar Schumpeter y que el ex-comunista Colletti reduce ahora a la unicidad del "profeta".¹⁴ Pero el marxismo no es la "nueva ciencia social socialista y proletaria" que quería Karl Korsch en su *Karl Marx*, ni tampoco una "mezcla acientífica" de teoría y política como ha pretendido siempre el pensamiento burgués. Es una teoría de la revolución que hunde sus raíces en el estudio riguroso de las contradicciones sociales que crean la posibilidad objetiva de la transformación. Rechazar el reduccionismo científicista no equivale a aceptar que lo que existe en la obra de Marx sea pura pasión (política) y voluntarismo. Él aplicó una rigurosa metodología a una ingente cantidad de material empírico e histórico para descubrir la "ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna". La encontró, como se sabe, en la producción de plusvalor. Es ridículo que se reste méritos científicos a una obra (especialmente en el caso de la *opus magnum* de Marx: *El Capital*) de profundidad, amplitud y rigor nunca igualados hasta ahora en la historia de las llamadas ciencias sociales. Es ridículo, por otra parte, reducir la teoría de la revolución de Marx al *Manifiesto comunista* y a algunos otros textos, como han

12 Si le quitamos el tinte instrumental y el matiz voluntarista que parece atribuirle, lo formula bien José Aricó: "La matriz de su pensamiento no era, por tanto, el conocimiento del carácter progresivo del capitalismo sino la posibilidad que éste abría de la revolución", en "Marx y América Latina", *Leviatán*, Madrid, II época, n. 11, primavera de 1983, p. 88.

13 Véase el libro póstumo de Lelio Basso, *Socialismo y revolución*, ed. Siglo XXI, México, 1983. Basso quería "reconstruir una concepción marxiana del proceso revolucionario", pero sin "infectar" (sic) su esfuerzo con "la pasión revolucionaria" que en Marx "perjudicó en cierta medida la claridad del hombre de ciencia"; y así por el estilo (p. 183 es.).

14 Colletti art. cit.: "Lo que el marxismo extrajo de Hegel fue eso: el providencialismo histórico dialéctico y, a través de él, la exigencia antropocéntrica de salvación y redención 'absolutas' que ya eran patrimonio de la religión". He aquí la muestra de un profundo y complejo y total descalabro ideológico, filosófico y político, pues lo que admite Colletti es que su obra y su vida no han servido para nada, porque ya en el lejano 1958 sostenía justamente lo contrario (cf. *El marxismo y Hegel*, ed. Grijalbo, México, 1997. Existe un curioso empeño de los ex-comunistas por asimilar el marxismo a la religión, el cual no es sino la demostración (en clave) de su retroceso a las posiciones del liberalismo, ya prefigurado en Colletti, además, en su retorno a Kant: véase a este respecto, Perry Anderson, "Entrevista político-filosófica con Lucio Colletti", *Cuadernos Políticos*, n. 4, abril-junio de 1975 y, para una visión crítica, Mariachiara Fugazza, "Los dos Marx de Colletti", *Cuadernos Políticos*, n. 11, enero-marzo de 1977. Que los comportamientos y la evolución de los ex-comunistas son notablemente similares ya lo mostró Deutscher en su ensayo sobre *The God that Failed*, aquella biblia de los ex-comunistas de los cincuenta: véase en *Herejes y renegados*, ed. Ariel, Barcelona, 1970, pp. 15-31.

hecho no pocos comentaristas desatinados o interesados.

Marx demostró científicamente que el modo de producción capitalista es una formación económica de la sociedad históricamente determinada y, por lo tanto, destinada a desaparecer. Ésa es la piedra angular de su teoría de la revolución. Y se le encuentra en el corazón de *El Capital* y los *Grundrisse*. Comprobada desde los más diversos ángulos, criterio rector para la construcción de las categorías marxistas, elemento de separación y de distinción convertido en criterio inalcanzable para el campo adversario, recorre toda la obra bajo las formas más distintas. Ese criterio de historicidad, ese materialismo histórico, Marx lo utilizó de guía también para sus estudios (inacabados) de los modos de producción que precedieron al capitalista.

El principio de especificidad histórica del capitalismo lo aplicó Marx para criticar las fallas de Adam Smith y David Ricardo, quienes no consiguieron desentrañar la *forma del valor*. Rechazando que esa deficiencia tuviera su origen en que se concentraron en analizar la *magnitud del valor*, sostiene que la incapacidad de los economistas clásicos "obedece a una razón más profunda":

La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico.¹⁵

El vértice inalcanzable: a esa caracterización no podían arribar aquellos economistas porque implicaba sobrepasar el horizonte mental burgués. Ellos, por el contrario, introducen "subrepticamente" en sus categorías "las relaciones burguesas como leyes naturales inmutables de la sociedad in abstracto".¹⁶ De tal manera que —repite Marx veinte años después, en *El Capital*, lo que ya había criticado en *Miseria de la filosofía*—: "Hemos aquí, entonces, con que hubo historia, pero ahora ya no la hay". Y sin embargo,

15 "Si nos confundimos —agrega Marx— y la tomamos por la forma natural eterna de la producción social, pasaremos también por alto, necesariamente, lo que hay de específico en la forma de valor, y por tanto en la forma de la mercancía, desarrollada luego en la forma de dinero, la de capital, etcétera", todas formas históricas y perecederas, *El Capital*, cit., t. I, vol. 1, pp. 98-99 n. Más adelante Marx expone la *differentia specifica* de este modo de producción: "La fuerza de trabajo no se compra aquí para satisfacer, mediante sus servicios o su producto, las necesidades personales del comprador. El objetivo perseguido por éste es la valorización de su capital [...] La producción de plusvalor, el fabricar un excedente, es la ley absoluta de este modo de producción". *Ibid.*, vol. 3, p. 767.

16 *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 7.

el análisis científico del modo capitalista de producción demuestra [...] que es un modo de producción de índole particular, de una determinación histórica específica [...] resultado y producto histórico de un proceso precedente [...] Una vez que ha llegado a cierto grado de madurez, se remueve la forma histórica determinada, la cual deja su lugar a una superior.¹⁷

Es una constatación histórico-materialista que no contiene, por supuesto, ninguna promesa escatológica. Marx descubre la inevitable caducidad del modo capitalista de producción y reproducción de la vida social y la posibilidad objetiva de su irresistible transformación. Nada más. Sólo desde la cumbre de ese descubrimiento renovador, cobra pleno sentido hablar de la inevitabilidad de la revolución. La posibilidad de ésta no brota de ninguna filosofía de la historia, sino de la historia misma. Muy por el contrario de lo que pretende la insensatez de muchos juicios interesados, esa posibilidad no surge de ninguna poesía o novela filosófica como se dice que las escribía Hegel. Se sitúa en el duro terreno del pasado y del presente, concibe la historia como creación continua de los hombres, y al revelar que lo que existe está condenado a perecer, el marxismo, también en la teoría, se distingue conscientemente del campo enemigo y se enfrenta como antagonista al pensamiento burgués. Pero en cuanto entraña una exigencia de acción política e ilumina la senda de lucha de las masas anticapitalistas, posee, por así decirlo, una incoercible y terrena belleza moral, distante por igual del utopismo y del determinismo. Nada parece, en efecto, más ajeno a la previsión de Marx que la idea de un "derrumbe" automático del sistema capitalista: en el fondo de esa idea subyace la incomprensión del verdadero fundamento de esta particular formación histórica. Es cierto que "el capital es la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa"; pero "el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas mediada por cosas".¹⁸ La posibilidad de transformarla, entonces, también está condicionada socialmente:

El desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción [...] es el único camino histórico que lleva a la disolución y transformación de la misma.¹⁹

¹⁷ *El Capital*, cit., t. III, vol. 8, pp. 1114 y 1121.

¹⁸ Las citas se encuentran, respectivamente, en *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 28; *El Capital*, cit., t. I, vol. 3, p. 957. Las relaciones sociales que los hombres establecen al producir y reproducir su vida en el seno y por intermedio de una forma de sociedad históricamente determinada es el motor de la historia, pero también la clave central para entender el pensamiento de Marx, puesto que esa noción integra el (fundamento de toda su operación crítica. En la incomprensión de esa determinante relación social radica buena parte de los errores periódicamente repetidos; así la arbitraria desvinculación de estructura y superestructura como si se tratara de dos diferentes niveles en el cual uno es "más real" que el otro, etcétera.

¹⁹ *El Capital*, cit., t. I, vol. 2, p. 594.

¿De qué contradicciones se trata? Muchos marxistas se apresuran a responder: "de la contradicción entre las fuerzas productivas materiales de la sociedad y las relaciones de producción existentes", repitiendo la conocida fórmula sintética que Marx dejó escrita en el Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). Y a partir de allí se inicia la confusión, la esotérica indagación de lo que significan esas misteriosas "fuerzas productivas". Korsch, por ejemplo, en un libro que todavía se puede leer con provecho, encontraba, sin embargo, en la fórmula de Marx, "un característico desplazamiento de acentos desde la rebelión subjetiva de los trabajadores [que según él Marx y Engels habrían propugnado hasta 1850] a la *objetiva* `rebelión de las fuerzas productivas' ". Göran Therborn, en fecha más reciente, se enreda y entrega un galimatías: "Las fuerzas de producción no se consideran [...] directamente relacionadas con las relaciones sociales en general, sino sobre todo con las *relaciones económicas de producción*".²⁰ Pero ¿qué significa esa pretendida "objetivación" de Korsch, y esas misteriosas "relaciones económicas que no se relacionan *directamente* con las relaciones sociales" que descubre Therborn? Son sólo dos ejemplos de un reiterado procedimiento de cosificación de la fundamental relación social a la que ya nos referimos; una confesión de impotencia frente al carácter fetichista del mundo de las mercancías. Son la muestra de un dañino procedimiento de cristalización de las relaciones sociales, en el terreno del pensamiento, que de esa manera se osifica y esteriliza. Petrificaciones de ese tipo, con respecto a las principales categorías marxistas (capital, clase obrera, etcétera), han contribuido mucho al atraso teórico del marxismo; a su incapacidad numerosas veces demostrada para *comprender* y *criticar*, en su fluidez, los nuevos contenidos de la realidad, las nuevas formas de manifestación de las contradicciones sociales. Para Marx:

Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —*unas y otras aspectos diversos del desarrollo del individuo social*—se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezquina base. En los hechos, empero, *constituyen las condiciones materiales* para hacer saltar a esa base por los aires.²¹

20 El libro de Korsch se publicó por primera vez en 1938, op. cit., pp. 228-29; Göran Therborn, *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, ed. Siglo XXI, Madrid, 1980, p. 358.

21 *Grundrisse*, cit., t. 2, p. 229. Véase, pp. 229-30: "La naturaleza no construye máquinas ni locomotoras, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, hiladoras automáticas, etcétera. Son éstos, productos de la industria [actividad] humana; material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza ó de su actuación en la naturaleza. Son *órganos del cerebro humano creados por la mano humana*; fuerza objetivada del conocimiento". Subrayados de Marx. Cf. el estimulante ensayo de José Arthur Giannotti, "La astucia del trabajo", *Cuadernos Políticos*, n. 39, enero-marzo de 1984, pp. 18-19: "La producción tiene como punto de partida objetos de trabajo ya desprendidos del telón de fondo de la naturaleza, dispone de *un instrumental, de un sistema de fuerzas naturales subyugadas* [...] A esto se suma la masa de trabajadores [...] *Suman lo que*

En la base del yerro de Korsch —y muchos más— se encuentra la arbitraria disolución del vínculo en el que se sustenta toda socialidad y toda cultura: el del hombre con la naturaleza. Korsch, en efecto, "junto" a la "organización social misma" asimila "entre las fuerzas productivas materiales a la naturaleza" (op. cit., pp. 211-12). De tal manera, también diluye la especificidad de la *actividad* mediadora de ese vínculo: *el trabajo*, que constituye la categoría central de la marxista *crítica* de la economía política.²² Es cierto que para Marx la unidad (contradictoria) de sujeto y objeto, sociedad y naturaleza, es indiscutible, pues está dada porque "el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son los mismos", pero *la diferencia será siempre esencial*. Y ese elemento de distinción y de relación es la *actividad* productiva y reproductiva de la sociedad: "toda producción es apropiación en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada".²³ Los hombres, pues, producen y reproducen su vida y construyen sus relaciones entre ellos en intercambio con la naturaleza:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza [...] Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma.²⁴

tradicionalmente se llama las fuerzas productivas [...] La manera por la cual son apropiados los objetos y los instrumentos de trabajo y, en casos especiales, los mismos trabajadores bajo la forma de esclavos o de fuerza de trabajo comprable, impone determinada distribución del producto, llevando a los individuos a sustentar determinadas relaciones entre sí. *Son las relaciones de producción*". Si ambos conceptos pueden ser reducidos a su fundamento social, ello no debe suprimir su "diferencia real": *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 30.

²² Error en el que Georg Lukács reconoce haber incurrido en su importante *Historia y consciencia de clase* (1923), ed. Grijalbo, México, 1969. Véase el Prólogo autocrítico de 1967: "la economía queda conceptualmente estrechada al eliminar de ella su fundamental categoría marxista, a saber, el trabajo [...] se entiende sin más que desaparezca inevitablemente la objetividad ontológica de la naturaleza, la cual constituye el fundamento óptico de ese intercambio o metabolismo" (pp. XVIII-XIX).

²³ *Grundrisse*, t. 1, pp. 5 y 7. Cf. *El Capital*, cit., t. I, vol. 1: "*La tierra* existe sin intervención de aquél [el trabajo] como el objeto general del trabajo humano"; para el obrero es, "a la par que su despensa originaria, su primer arsenal de medios de trabajo"; "brinda al trabajador el *locus standi* [lugar donde estar] y a su proceso el *campo de acción*" (pp. 216.17 y 219). La concepción de la tierra como un organismo único se ha instalado decisivamente en las ciencias de la naturaleza: "La Tierra se conserva de una sola pieza, sus tejidos están unidos, y el conjunto tiene el aspecto de una estructura que realmente sería comprensible con que supiéramos lo suficiente acerca de ella. A cierta distancia, fotografiada desde la Luna parece una especie de organismo. Vista en todo su decurso, vemos que está todavía en proceso de desarrollo, como un enorme embrión". "Me parece una buena suposición [...] que podemos comprometernos a la formación de algo como una mente para la vida de este planeta", Lewis Thomas, *La medusa y el caracol*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 22 y 25.

²⁴ *El Capital*, cit., t. I, vol. 1, pp. 215-16. Cf. "Crítica del Programa de Gotha": "El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que *el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural*, de la fuerza de trabajo del hombre", en *Obras Escogidas en dos tomos*, ed. Progreso, Moscú, 1966, t. II, p. 10. El análisis de Marx arriba citado prescinde, como él dice, "de la forma social determinada". Al incluirla cobra plena importancia la categoría *modo de producción*.

Sólo falta precisar la característica específica del trabajo humano como "*actividad orientada a un fin*".²⁵ En esa categoría cardinal de la operación crítica desarrollada por Marx, se sintetiza, no menos que en la de revolución social (*actividad* orientada a resolver las contradicciones de la sociedad capitalista), la unidad de teoría y práctica. Esa reconducción del análisis de Marx (en el que ahora podemos oír el eco de aquella juvenil crítica de 1844 que descubría que "la raíz, para el hombre, es el hombre mismo") a las bases de su concepción materialista, nos debería permitir recapturar la categoría de revolución desde una óptica que sobrepase, por igual, las limitaciones del objetivismo y del subjetivismo. Podemos comenzar leyendo de otra manera la célebre fórmula del Prólogo a la *Contribución*: "la humanidad se propone siempre los objetivos que puede alcanzar", pues "estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, *por lo menos, se están gestando*, las condiciones materiales para su realización". Si atendemos a la discusión precedente, esas "condiciones materiales" deberían ser traducidas en términos del nexo social existente y, en consecuencia, en términos de actividad práctica, de lucha política:

en el ámbito de la sociedad burguesa fundada en el *valor de cambio* se generan [. ..] una gran cantidad de formas antitéticas de la unidad social, cuyo carácter antitético, *sin embargo, no puede ser nunca hecho estallar a través de una metamorfosis pacífica*. Por otra parte, si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, *las condiciones materiales de producción y de circulación* para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas.²⁶

El campo de acción objetivo lo proporciona el modo de producción y reproducción de la vida social; las condiciones materiales existen (y hay que recordar que lo anterior lo escribe Marx en 1858), creadas bajo el modo de producción capitalista. No aparece aquí ninguna "determinación en última instancia de la economía". "Toda forma de producción —anota Marx en 1857, dos años antes del famoso Prólogo— engendra sus propias instituciones jurídicas, su propia forma de gobierno, etcétera. La rusticidad e incompreensión consisten precisamente en no relacionar sino fortuitamente fenómenos que constituyen un todo orgánico, en ligarlos a través de un nexo meramente reflexivo".²⁷ De ahí la necesidad del "elemento" subjetivo, de la violencia orientada a romper el funcionamiento del sistema y

²⁵ *El Capital*, cit., t. I, vol. 1, p. 216, subrayado por Marx. En su sentido más profundo, la producción, según Marx, "no es más que el *desarrollo de las fuerzas productivas humanas, o sea, el desarrollo de la riqueza de la naturaleza como auto finalidad*", *Teorías sobre la plusvalía*, ed. alemana citada por Lukács, op. cit., p. XIX.

²⁶ *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 87. Los dos últimos subrayados son míos.

²⁷ *Ibid.*, p. 8.

transformar el nexo social. Sin ella, el funcionamiento del mismo, a pesar del periódico afloramiento de las contradicciones en los momentos de crisis, seguirá siendo perfectamente circular:

Si consideramos la sociedad burguesa en su conjunto, aparece siempre, como último resultado del proceso de producción social, la sociedad misma, vale decir el hombre mismo en sus relaciones sociales.²⁸

Pero la dialéctica descubre en ella tanto las condiciones sociohistóricas que determinan su caducidad y constituyen su antagonismo ingénito, cuanto las posibilidades de su conversión activa en una nueva forma histórica de la sociedad:

No es en absoluto una contradicción afirmar [. ..] que el trabajo por un lado es la *miseria absoluta como objeto* ["la miseria no como carencia —aclaró Marx líneas antes— sino como exclusión plena de la riqueza objetiva", esto es, como exclusión de la propiedad de los medios de producción y del producto del trabajo], y por otro es la *posibilidad universal* de la riqueza como sujeto y como actividad; o más bien, que ambos lados de esta tesis absolutamente contradictoria se relacionan recíprocamente y *derivan de la naturaleza del trabajo*, ya que éste, como antítesis, como existencia contradictoria del capital, está presupuesto por el capital y, por otra parte, presupone a su vez al capital.²⁹

Sin embargo —y por ello se habla de posibilidad—, como se trata de un todo orgánico, aun cuando las condiciones materiales estén ya dadas, la misma forma de valor, el carácter de mercancías que adoptan los productos del trabajo, se levanta frente a la sociedad como un poder independiente y permea la conciencia social de las clases explotadas y dominadas:

Estas relaciones de dependencia materiales [...] (la relación de dependencia material no es sino *el conjunto de vínculos sociales* que se contraponen automáticamente a los individuos aparentemente independientes [. . .]) se presentan también de manera tal que los individuos son ahora dominados por *abstracciones* [...] La abstracción o la idea no es sin embargo nada más que la expresión teórica de esas relaciones materiales que los dominan

²⁸ Ibid., t. 2, p. 237.

²⁹ Ibid., t. 1, p. 236. El último subrayado es mío. Cf. *ibid.*, p. 235: "La disociación entre la propiedad y el trabajo se presenta como ley necesaria de este intercambio entre el capital y el trabajo", a la vez que constituye la premisa histórica sobre la que surge el modo de producción capitalista, cf. *El Capital*, cit., t. I, vol. 2, pp. 700-01 y el famoso capítulo sobre la acumulación originaria.

[. ..] se presenta como dominio de ideas en la misma conciencia de los individuos, y la fe en la eternidad de tales ideas, es decir de aquellas relaciones materiales de dependencia, es por supuesto, consolidada, nutrida, inculcada de todas las formas posibles por las clases dominantes.³⁰

El orden dominante se mantiene, pues, también por medio de una intensa y continua lucha teórico-ideológica. Nos volvemos a topar con la violencia como un componente esencial de la socialidad burguesa y deberemos volver a examinarlo más detenidamente. Por ahora vemos que las clases dominantes la ejercen activamente sobre las conciencias de los dominados — clases, grupos sociales, individuos—. Es una violencia incruenta y sutil que debe colocarse como fundamento del poder social —y por tanto político— del capital sobre el conjunto de la sociedad. Pues esa "ahistoricidad" ínsita en la cosificación, ese "fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías", actúa, al dominar el receptáculo más íntimo de los hombres, su conciencia, como fundamental elemento conservador de las relaciones burguesas de producción y reproducción. Constituye, por tanto, la base "material" de la hegemonía y del consenso, que sólo pueden ser rotas mediante una *actividad* subvertidora que se convierte, por lo mismo, en *proceso* de creación de una nueva cultura en la misma medida en que alumbró nuevas relaciones sociales.³¹ Esa es la razón de fondo por la cual las épocas de crisis, cuando se quiebra la apariencia de funcionamiento regular y armónico del sistema y las contradicciones que contiene emergen a la superficie y entran en colisión, son épocas propicias para la revolución. Pero de igual manera (como lo hemos visto en estos años), si no existen la voluntad organizada y la decidida orientación hacia ese fin, pueden trocarse en épocas de florecimiento del mayor desconcierto y desánimo,

30 *Grundrisse*, t. 1, p. 92 (el primer subrayado es mío). Cf. *ibid.*, pp. 87-88: "Los hombres depositan en la cosa material (en el dinero) aquella confianza que no están dispuestos a depositar en ellos mismos como personas. ¿Pero por qué tienen confianza en la cosa material? Evidentemente sólo porque ella es una *relación reificada* entre las personas, o sea, un valor de cambio *reificado*; un *valor de cambio* no es más que una relación recíproca de la actividad productiva de las personas [...] Pero el dinero [...] puede tener una cualidad social sólo porque los individuos han enajenado, bajo la forma de objeto, su propia relación social". Véase Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de El Capital de Marx (estudios sobre las Grundrisse)*, ed. Siglo XXI, México, 1983, cap. 5.

31 El vulgar marxismo reformista quiere —utópicamente— desarrollar una "nueva hegemonía" sin enfrentamiento, pues la propone al tiempo que concilia con la burguesía. Como sólo la lucha de clases educa (y la ruptura revolucionaria del orden social es un grandioso y masivo acto educativo preñado de nuevas consecuencias culturales), se comprende la inconsecuencia, también teórica, de tal proyecto. La conciencia, inserta en las contradicciones de la sociedad capitalista, se manifiesta como fragmentariedad de la conciencia, como desconcierto y extrañeza, o también como antagonismo contra la sociedad existente, pero en general contradictoriamente, en tanto los hombres no dominan su propia actividad básica y sustancial (su trabajo) y sus productos se les imponen como un poder autónomo y sin control. Es una fragmentariedad que sólo comienza a restaurarse en la actividad revolucionaria. De allí el júbilo, la explosión de los mejores sentimientos, la solidaridad, el ansia de saber que suelen encontrarse en los pueblos recién liberados. Pero incluso en éstos, se puede ser revolucionario en un aspecto y conservador en otros, etcétera.

pues aquellas grandes colisiones serán vistas con temor e impotencia, como si se tratara de cataclismos de la naturaleza. Así como los economistas clásicos del capitalismo dieron en la ilusión —interesada, y por ello Marx los llamó "ideólogos de la burguesía"— de concebir y propagar las leyes del sistema como leyes naturales y eternas, así se impone en la conciencia social el dominio de la idea según la cual las relaciones sociales capitalistas son ahistóricas e imperecederas.

El meollo de la contradicción social está depositado en las dos clases que resumen el nexo social: "la relación entre capital y trabajo asalariado determina el carácter total del modo de producción":

Ser titular del trabajo en cuanto tal —o sea, del trabajo como *valor de uso* para el capital — constituye [...] la característica económica del obrero: es *obrero* en oposición al capitalista [...] el capitalista y el obrero [se] presentan como extremos de una relación de producción.³²

Aquí también, Marx sólo comprueba hechos: la relación antitética en la que se sitúan ambas clases las impele a la lucha. Si nos atenemos al análisis, es evidente que, fuera de expresiones metafóricas, no existe en Marx la vulgaridad de atribuirle una (metafísica) "misión" al proletariado. Pero aparece también como totalmente infundada la pretensión (idealista) de determinar un "proceso sin sujeto". Las revoluciones, así como todo trabajo, toda socialidad y toda cultura (la historia, en suma) son creaciones sociales: resultado de la lucha de grupos, clases, fuerzas sociales, determinada, a la vez, dentro y por el *modo* en que los hombres producen su vida y se distribuyen lo producido. La cristalización sociologista de la noción de clase obrera ha impedido ver que, para Marx, lo fundamental no consiste en comprobar que las clases existen (como si fuera un Weber o un Aron), o si hay "estratificación" o "élites". Le interesa, sobre todo, *la lucha de esas clases y, más, aún, el sentido de esa lucha*, que se puede desentrañar a partir de condiciones históricas dadas. Es sólo una comprobación científica anotar que "la lucha entre el capitalista y el asalariado principia con la relación capitalista misma".³³ Como se sabe, o debería saberse, el concepto mismo de lucha de clases no fue un descubrimiento de Marx. Mucho menos, la lucha de clases práctica, que Marx sólo se encargó de documentar en numerosas páginas. Era previsible que al acrecentarse la acumulación de capital, aumentara también la clase obrera y

³² *El Capital*, cit., t. III, vol. 8, p. 1116 y *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 237 (los subrayados son de Marx).

³³ *El Capital*, cit., t. I, vol. 2, p. 521 y vol. 3, p. 816.

maduraran, con ello,

las contradicciones y antagonismos de la *forma capitalista* de ese proceso [social de producción], y por ende, al mismo tiempo, los *elementos creadores de una nueva sociedad y los factores que trastuecan la sociedad vieja*.³⁴

Pero también era evidente para él que el funcionamiento automático, sin ruptura revolucionaria, del proceso de acumulación, podía arrojar otros resultados. En una reflexión que pareciera estar referida al proceso que hemos visto en los países imperialistas, de capitalismo maduro, Marx dice:

En vez de volverse más intensa a medida que se acrecienta el capital, esa relación de dependencia sólo aumenta en extensión; es decir, la esfera de explotación y dominación del capital se limita a expandirse junto a las dimensiones de éste y el número de sus *súbditos*. Del propio plusproducto creciente de éstos, crecientemente transformado en pluscapital, fluye hacia ellos una parte mayor bajo la forma de medios de pago, de manera que pueden ampliar el círculo de sus disfrutes [...] El aumento en el precio del trabajo, aumento debido a la acumulación del capital, sólo denota, en realidad, que el volumen y el peso de las cadenas de oro que el asalariado se ha forjado ya para sí mismo permiten tenerlas menos tirantes.³⁵

Esa expansión, como sabemos, se produjo a escala planetaria. Generó incontrastables desigualdades entre los diferentes espacios de penetración del capital y extendió las contradicciones del capitalismo por todo el mundo, creando un escenario universal para la lucha contra su dominación. Al mismo tiempo, puso los fundamentos económicos para un persistente reformismo obrero en los países imperialistas.

En *El Capital* y los *Grundrisse*, la previsión teórica de la revolución no va más allá de lo que hemos visto. Las masas obreras, que son uno de los dos polos de la contradicción social fundamental, son ubicadas teóricamente como "los enterradores" del capitalismo. Pero este "heredero", acota Gramsci, "será presuntivo hasta tanto no dé pruebas manifiestas de vitalidad".³⁶ Es decir, hasta que la *posibilidad* no se transforme, mediante una voluntad organizada y en acto, en incontrovertible *realidad*. Ignorar el "elemento" subjetivo, esto es, la

34 Ibid., vol. 2, pp. 608-09.

35 Ibid., vol. 3, pp. 765-67 (subrayado de Marx).

36 Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, ed. cit., cuaderno 11 (XVIII), t. 4 (de próxima publicación).

voluntad organizada y la orientación revolucionaria, ha sido con frecuencia la raíz del objetivismo economicista que, no casualmente, deja librado el "momento" organizativo y del ataque al espontaneísmo. Así, ni se templa la voluntad ni se entrenan las fuerzas potencialmente dirigentes. Si no ignoramos la historia, comprobaremos que la clase obrera ha dado muestras de espíritu de lucha. Ya en vida de Marx y, luego, a lo largo de los cien años transcurridos después de su muerte. Pero también ha dado muestras de decaimiento, pasividad y conservadurismo.

No se trata aquí de decirle "adiós al proletariado", como hacen algunos imaginativos pero inconsistentes descubridores tardíos de "verdades". En su momento Wright Mills, Marcuse y otros se despidieron de la clase obrera, como ahora Gorz y otros. Vinieron los años 1968 y 1969 y millones de obreros se lanzaron a la lucha en Francia y en Italia, y aquellos escritores a los que les gustan las despedidas se quedaron con sus obras inservibles en el andén. ¿Y Polonia? Allí las masas obreras se han movilizado por millones. Una estrategia económica equivocada fue la causa *inmediata* que detonó el descontento; la responsabilidad, por tanto, corresponde a la dirección del partido y del Estado. La lucha se "resolvió", en lo inmediato, con resultados negativos para los trabajadores; pero con ello sólo se difirió un conflicto que tarde o temprano volverá a estallar. Afectó, además, la lucha por el socialismo en todo el mundo: aportó argumentos de ataque y desprestigio a la contrarrevolución mundial (incluido el Papa polaco) y proporcionó nuevos pretextos al reformismo para proseguir su línea gradualista y de conciliación de clases, así como introdujo desconcierto y desmoralización entre los revolucionarios. Así, pues, aquí no se pretende decirle "adiós" al proletariado, pero se intenta no conservar una visión mitificada y metafísica. No existe, en efecto, en la clase obrera, ninguna "esencia" revolucionaria. Su situación en la constelación de relaciones sociales de producción crea la *posibilidad* de que las masas obreras se conviertan en la fuerza fundamental de subversión de las mismas, pero sólo en la lucha se demuestra su verdadera vitalidad y potencia.

Marx, que no era un doctrinario, detuvo su estudio crítico de la sociedad burguesa (el contenido en *El Capital* y los *Grundrisse*) en el umbral de la lucha concreta, una vez determinadas las contradicciones fundamentales y la especificidad histórica de este modo de producción. ¿Por qué lo hizo? En primer lugar, debido al alto nivel de abstracción en que se trabajaron las dos obras que hasta aquí hemos considerado:

[...] en la teoría se presupone que las leyes del modo capitalista de producción se desarrollan de manera pura. En la realidad siempre existe sólo una aproximación [...] Esto

no impide que la misma base económica —la misma con arreglo a las condiciones principales— en virtud de *incontables diferentes circunstancias empíricas*, condiciones naturales, relaciones raciales, influencias históricas operantes desde el exterior, etcétera, pueda presentar *infinitas variaciones y matices en sus manifestaciones*, las que sólo resultan comprensibles mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas.³⁷

También lo detuvo porque para hablar de estrategia y táctica había que bajar del mundo de las abstracciones para situarse en el torrente de la lucha práctica, el de las incontables circunstancias empíricas. De la teoría, del análisis y la crítica de las contradicciones, hay que descender a las contradicciones reales. El mundo de la política y de la lucha de clases.

EL EJE DE LA REVOLUCIÓN EN EL MUNDO SUBDESARROLLADO

La política se mueve en torno al problema del poder. Es un hecho que, en el pensamiento moderno, aparece con claridad al menos desde Maquiavelo. Por eso, la relación política primordial es la que se establece entre dominantes y dominados, entre gobernantes y gobernados. Ello determina que la lucha política que estos últimos no entablan para conquistar el poder, sea, a fin de cuentas, una lucha sin objetivo histórico. Conservar el poder o conquistarlo: fórmula escueta que resume el drama de la lucha política. Pero el que quiere el fin quiere los medios, o al menos reconoce su necesidad. Porque hablar de lucha implica hablar de violencia, y quien no quiera referirse a ésta debería callar en lo que concierne a la lucha de clases. Ya, en *Miseria de la filosofía*, Marx pudo decir que "el poder político" es la esencia del Estado, "resumen oficial del antagonismo de clase dentro de la sociedad civil". Sutil o descubierta, incruenta o cruenta, la violencia o la capacidad de desatarla preside el ejercicio del poder, es decir, la relación social según la cual unos hombres dominan y otros (generalmente la mayoría) son dominados, unos mandan y los otros obedecen. Pero, "¿qué movió a Robinson a esclavizar a Viernes?", preguntó Engels en cierta ocasión: "para que trabajara en provecho suyo", respondió. La violencia ha sido una constante: es imposible no tomar partido y querer vanamente contemplar el transcurso de la historia con olímpica serenidad, como pretendía Croce en su soberbia: hay demasiada sangre, demasiado dolor, demasiado sufrimiento continuos; a poco que uno preste atención puede oír los gritos de las víctimas, aquí al lado, aquí junto: son los torturados, los secuestrados y desaparecidos, los masacrados en América Latina; son el alimento del poder del capital desde México a Chile y

37 *El Capital*, cit., t. III, vol. 6, p. 222; vol. 8, p. 1007 (subrayados míos)

Argentina. Son los que osaron y osan oponérsele, y por eso no sólo hay víctimas, sino también hay lucha, enfrentamiento y esperanza y triunfos.

La política es una relación de doble sentido: va de la imposición al consentimiento y del consentimiento a la imposición: uno refuerza al otro. "Sólo el consentimiento convierte el nacimiento de este hombre en nacimiento de un rey; por consiguiente es el consentimiento y no el nacimiento quien hace al rey". De ahí que "las concreciones estatales, como el poder legislativo, etcétera", sean "*productos sociales*, partos de la sociedad".³⁸ En un libro importante cuyo tono es de desesperanza y cuyo brillo lo opaca una cierta indeterminabilidad histórica, una falta de especificación, leemos: "Cuando la fuerza dura más tiempo se convierte en poder. Pero en el instante crítico, que llega de pronto, en el instante de la decisión y de lo irrevocable, es otra vez fuerza pura. El poder es más general y más vasto que la fuerza, *contiene* mucho más, y no es tan dinámico. Es más complicado e implica incluso una cierta medida de paciencia".³⁹ "Poder=ser capaz." Pero la violencia no es algo (metafísico) inherente a la "naturaleza humana". Surge de la necesidad y la escasez y está históricamente determinada —en sus formas de organización, en su frecuencia, en su amplitud, en cuanto a los medios de que se vale y los instrumentos que utiliza— por el modo en que los hombres producen y reproducen su vida. Así, en una de las formas de la comunidad precapitalista, "la guerra" se convierte en "el gran trabajo colectivo, necesario para ocupar las condiciones objetivas de la existencia vital [la tierra] o para proteger y eternizar la ocupación de las mismas".⁴⁰ Quizás su persistente despliegue en la historia se deba a que se origina en la propia actividad primaria y sustancial de los hombres, el trabajo: "la violencia necesaria para que la materia prima se convierta en producto" (Giannotti, art. cit.). De esa relación básica pasa a la otra forma de relación social que es la política, y de violencia sobre la naturaleza se transforma en dominación de unos hombres sobre otros. En los tiempos modernos, la violencia se organiza, se concentra y perdura como Estado-nación, suma de los antagonismos que produce el proceso de reproducción de la vida social y garantía última para asegurar la continuada acumulación del capital. Que "todo Estado se basa en la fuerza" (Trotsky), lo comprendió Max Weber mejor que muchos sedicentes marxistas:

38 Karl Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, en K. Marx F. Engels, *Obras (OME)*, ed. Crítica, Barcelona, 1978, t. 5, p. 132.

39 Elías Canetti, *Masa y poder*, ed. Muchnik, España, 1981, p. 277.

40 *Grundrisse*, cit., t. 1, pp. 436-37. Cf. *ibid.*, p. 451: "El único límite que puede encontrar la entidad comunitaria en su comportamiento con las condiciones naturales de la producción —la tierra— (pasando ya directamente a la consideración de los pueblos sedentarios) como con condiciones *suyas*, es otra *entidad comunitaria* que ya las reclame como su cuerpo inorgánico. Por eso es la *guerra* uno de los trabajos más originarios de todas estas entidades comunitarias naturales, tanto para la afirmación de la propiedad como para la nueva adquisición de ésta" (los subrayados son de Marx).

Por supuesto, la coacción no es en modo alguno el medio normal o único del Estado — nada de esto— pero sí su medio específico [...] El Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio —el concepto del "territorio" es esencial a la definición [pero en sentido marxista hay que entenderlo como entrelazamiento de sociedad y espacio geográfico]— reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima (es decir: considerada legítima).⁴¹

La violencia es un componente inseparable de la socialidad burguesa. Pero, "¿verdad que 'la economía' determina en 'última instancia' la política?", se apresura a preguntar el marxista vulgar, pues no alcanza a comprender que "toda forma de producción constituye un todo orgánico". Y que, por tanto, en el modo de producción capitalista, que no es otra cosa que un nexo social intrínsecamente contradictorio, con independencia de la *forma* en la que se manifieste este íntimo antagonismo, del nivel en el que se exprese, puesto en la totalidad tiene el mismo status de realidad, la misma legitimidad. Aunque, por otra parte, el "nivel" más alto que puede alcanzar el antagonismo social, su *forma* "más pura" de manifestación, constituye también el único método para resolverlo, a saber, la lucha política, la lucha de clases, el enfrentamiento de masas.⁴² La violencia se encuentra ya en el origen histórico de la acumulación capitalista. Recordemos solamente que toda la masa que quedó libre tras la disolución del antiguo modo de producción, no contando con medios de vida, se sintió impulsada en un principio a dedicarse al vagabundeo, a la mendicidad, al robo. Pronto, sin embargo, "fue empujada fuera de esa vía, por medio de la horca, la picota, el látigo, hacia el estrecho camino que lleva al mercado de trabajo; de tal modo que los *gobiernos* [...] aparecen como condiciones del proceso histórico de disolución y como creadores de las condiciones de existencia del capital".⁴³ Luego esos primeros actos disciplinarios sobre los trabajadores se convirtieron, abandonando la coacción extraeconómica, en costumbres, en norma, en ley; en

41 Max Weber, *Economía y sociedad*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1981, pp. 1056 ss. La cita de Trotsky se encuentra en el mismo Weber, quien aprendió mucho del marxismo... para mejor atacarlo, cosa que a la inversa no se puede decir del marxismo. La negativa a aprender de los estudiosos de otras escuelas de pensamiento ha empobrecido sin duda el pensamiento de los marxistas. El mismo Marx, al descubrir en 1868 las obras de Maurer, exclamó: "qué prisioneros somos todos de una cierta ceguera de juicio".

42 Ya Gramsci criticó y se burló de la pretensión infantil y primitiva "de presentar y exponer toda fluctuación de la política y la ideología como una expresión inmediata de la estructura". "En la discusión entre Roma y Bizancio sobre la procedencia del Espíritu Santo, sería ridículo buscar en la estructura del Oriente europeo la afirmación de que el Espíritu Santo procede sólo del Padre, y en la del Occidente la afirmación de que precede del Padre y del Hijo": *Cuadernos de la cárcel*, ed. Era, México, t. 3, pp. 161 y 162. Y sin embargo, también respecto de la política hay que distinguir entre la "pequeña política" (la parlamentaria, la intriga, etcétera) y la "gran política", que "comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados" o con la defensa de los existentes: Gramsci, cuaderno 13, párrafo 5 et passim.

43 *Grundrisse*, cit., t. 1, p. 470.

necesidad de vender la propia fuerza de trabajo para sobrevivir. El capital instauró y mantiene su despotismo sobre el conjunto de la sociedad. Desde el núcleo del acto productivo —el proceso de trabajo— lo extiende a todas las formas de la vida social. Anida en la conciencia de las masas explotadas y dominadas y se transmuta en asentimiento y pasividad.

La lucha contra el capital tiene que desplegarse en todos los terrenos (como lucha económica, teórico-ideológica, cultural...), porque es la potencia dominante en todos. Pero la lucha decisiva es la que, por medio de la política y con los instrumentos de la política, se libra en el plano de la vida práctica. Se entiende que Marx —para quien "de lo que se trata es de transformar el mundo"— elevara a categoría de principio la unidad de teoría y práctica, del saber y el hacer, del conocer y el actuar. Estamos así otra vez en el núcleo de su concepción y, a la vez, en el centro del problema que nos deberá dar la clave para entender los desarrollos de la teoría de la revolución de Marx, de los que nos ocuparemos en las próximas páginas. La unidad de teoría y práctica no es una vinculación utilitaria. Tiene su fundamento material en el carácter específico del trabajo humano (actividad orientada a un fin), y está propuesta, programáticamente, para intervenir con la más depurada comprensión y conciencia en el proceso histórico.⁴⁴ De ahí la gran importancia que Marx concede a la subjetividad, a la determinación de fines históricamente posibles, a la organización y el despliegue de la voluntad orientada a objetivos racionales. Porque es cierto que "la vida social es esencialmente práctica", es decir, que "el ser social es lo que determina la conciencia"; pero también es cierto que sólo a través de las "formas ideológicas los hombres adquieren conciencia" de las contradicciones sociales y deciden las acciones de lucha que habrán de resolverlas. Pero se trata de una unidad contradictoria y problemática, de desigual desarrollo, que en numerosas ocasiones se presenta más bien como *ruptura* de la unidad. Como lo expresara Marx gráficamente en carta a Kugelman (11 de julio de 1868): "una vez que se ha visto claro en esas relaciones internas [del valor], toda creencia teórica en la necesidad permanente del estado de cosas actual se derrumba, antes de que se produzca el derrumbamiento en la práctica". No se trata, pues, de una unidad que forzosamente se realice en el plano de lo inmediato, sino en el decurso histórico, como fusión de experiencia

44 A fin de cuentas, es la unidad de pensamiento y acción lo que distingue al trabajo humano: "Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza, antes de construirla en la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la *imaginación del obrero, o sea idealmente*": *El Capital*, cit., t. I, vol. 1, p. 216. Ése es el fundamento que abre la posibilidad de resoldar la persistente división entre trabajo manual e intelectual.

histórico-práctica y pensamiento teórico que se la apropia, o lucha por apropiársela, y retorna al terreno de las incontables circunstancias empíricas convertido en proyecto, en determinados fines, en propuestas de acción estratégicas y tácticas. Marx, que sabía todo eso, no encerró su estudio de las contradicciones de la sociedad capitalista tan sólo en el alto nivel de abstracción propio de *El Capital* y los *Grundrisse*. Tampoco detuvo su asimilación teórica del movimiento histórico, que de hecho continuó hasta las vísperas de su muerte. Hay más: *durante los últimos veinte años de su vida, Marx produjo aportaciones fundamentales que implican una sustancial modificación de su teoría de la revolución y, especialmente, de la previsión del curso de la misma a escala mundial.* Es muy ilustrativo del defectuoso conocimiento de Marx, la escasísima atención prestada por los marxistas a estos desarrollos de su pensamiento.

Según una tesis ampliamente difundida —de hecho transformada en dogma—, Marx ubicó teóricamente el eje de la revolución en los países capitalistas desarrollados, especialmente en los del Occidente europeo. El "sujeto" de tal ruptura, naturalmente, debía serlo el proletariado. La cristalización de esa tesis —generalmente ligada a una noción "desarrollista" de las fuerzas productivas que atribuía un carácter progresista o "revolucionario" a la expansión de las relaciones capitalistas— produjo dañinas deformaciones en el pensamiento y en la acción práctica de los marxistas. No es éste el lugar para referir esa historia. Pero es preciso destacar que la revolución bolchevique, primero, y luego el itinerario geoeconómico de las revoluciones que triunfaron desde entonces, pareció desmentir rotundamente aquella supuesta previsión teórica. Aparentemente, se había producido un tremendo desgajamiento entre la teoría y la práctica. O las revoluciones anticapitalistas que se verificaron en los países atrasados desde 1917 carecían de justificación en la teoría, o se revelaba una flagrante contradicción entre ésta y el curso real de la historia. Incluso Lenin, tan profundamente antidogmático, llegó a preguntarse si los bolcheviques no se "habrían adelantado", al tomar el poder en nombre del proletariado y el socialismo. Isaac Deutscher, por su parte, sostenía en 1966:

Yo veo únicamente un aspecto, un tema importante, en el que [...] el pronóstico marxista del socialismo ha sido realmente falseado en cierta medida por los acontecimientos. Y éste es que el socialismo no ha triunfado hasta ahora en ninguna de las sociedades capitalistas avanzadas sino en las atrasadas.¹⁴⁵

45 Isaac Deutscher, *El marxismo de nuestro tiempo*, cit., p. 87. Véase su perplejidad frente a la revolución china: "Desde el punto de vista teórico marxista, la cuestión capital planteada por todos estos acontecimientos es cómo un partido que se había basado durante tanto tiempo en el campesinado y que había actuado sin tener detrás una

En realidad, como veremos, la visión estratégica que Marx fue construyendo a lo largo de su vida fue más compleja, flexible y completa. También es cierto que no la plasmó en una obra orgánica. Pero en este punto conviene recalcar la necesidad de distinguir al menos dos niveles teóricos, que no de realidad, en el pensamiento de Marx. Uno es el de las altas abstracciones determinadas, que ya vimos. El otro, el de la observación, análisis crítico y "traducción" teórica de la multiforme práctica de la lucha social, única manera de "comprender la lógica característica de cada objeto característico" también en el terreno de las incontables circunstancias empíricas. Esos dos niveles se relacionaban y alimentaban recíprocamente, en un pensamiento en continua evolución, en incesante movimiento. Su diseño de una estrategia de revolución mundial (que era el objetivo teórico-práctico al que orientaba su actividad) conoció modificaciones y adecuaciones conforme mudaban las circunstancias de la lucha de clases y variaban las relaciones de fuerzas. Los dos últimos decenios de su vida, en este sentido, fueron extraordinariamente fructíferos. *Reubicó teóricamente en ese periodo el eje de la revolución en el mundo subdesarrollado.*⁴⁶ Alcanzó a vislumbrar, además, los profundos cambios que traía el despuntar de la nueva fase del capitalismo que luego sería llamada imperialista. Dos procesos convergentes, pero de diferente densidad, fueron decisivos:

Uno: la reincorporación de Marx a la vida política práctica a partir de la fundación de la I Internacional y hasta la disolución de hecho de la misma (1864-1872). Junto a Engels, habían abandonado toda actividad política directa desde que disolvieran la Liga de los Comunistas en 1852. Pusieron punto final, con ese acto, al único periodo durante el cual pudieron participar en un movimiento revolucionario: el de 1848. Ya en el transcurso de esa revolución, de amplitud europea, la estrategia y la táctica fueron modificadas según los requerimientos de la lucha misma, al tiempo que se cumplía una previsión teórica central plasmada en el *Manifiesto*: el 23 de junio de ese año estalló en París "la revolución del proletariado contra la burguesía". La clase obrera entonces era minoritaria en todos los países, con la probable excepción de Inglaterra. Marx, que no estaba dominado por ningún culto a las "condiciones económicas", formuló desde esa época la idea de una alianza social y política de las clases

clase obrera industrial fue, a pesar de todo, capaz de trascender el movimiento 'burgués' agrario e iniciar la fase socialista de la revolución": Deutscher, "El maoísmo: orígenes y perspectivas", en *Ironías de la historia*, ed. Península, Barcelona, 1969, p. 123.

46 Hasta donde sé, el único autor que ha analizado ese cambio de perspectiva, enfatizando su importancia política, es Renato Levrero, "Marx, Engels y la cuestión nacional", publicado originalmente en *Vento dell'est*, n. 26, Edizioni Oriente, Milán, 1972. Recogido por José Aricó en su recopilación: Karl Marx-Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979. El estudio de Levrero (pp. 13-55) es sin duda importante y renovador, pero yo en general no comparto sus conclusiones.

explotadas, de un bloque social revolucionario.⁴⁷ La derrota de la revolución, que dejó una estela de problemas históricos sin resolver que infectarían de allí en adelante la vida política de Europa, produjo un largo reflujó que sólo comenzó a remontarse bajo los efectos de la crisis de 1857. Ésta tuvo un influjo directo sobre la obra de Marx: "trabajo como enloquecido durante todas las noches en la recopilación de mis estudios económicos, para tener en claro por lo menos los *Grundrisse* antes del diluvio", es decir, antes de que estallara la revolución.⁴⁸ Ésta no se produjo, pero inauguró un nuevo periodo de lucha de clases que desembocó en la organización de la Asociación Internacional de Trabajadores que, en las condiciones de reanimación obrera que siguió a la crisis de 1867, creció y se fortaleció. A su esplendor le sucedió el declive: en el contexto de la guerra franco-prusiana los revolucionarios parisinos proclamaron la Comuna en 1871, y la derrota de esta revolución determinó el fin de la Internacional. Sobre esta última, y sobre aquella primera efímera experiencia de gobierno obrero, se ha escrito mucho.⁴⁹ Resalta más, por lo mismo, la escasísima atención que se ha prestado a la lucha irlandesa de esos años y a sus repercusiones en la Internacional, a pesar de que tuvo decisiva importancia teórica y política en el pensamiento de Marx.⁵⁰

Dos. El otro proceso determinante tiene que ver con una gran masa de materiales hasta ahora insuficientemente difundidos y deficientemente estudiados. Los más conocidos son la correspondencia y los artículos y ensayos que Marx publicó en el *New York Daily Tribune* entre abril de 1853 y marzo de 1862, y eventualmente en alguna otra publicación. Documentan un largo proceso de estudio y asimilación crítica cuyos objetos son, entre otros, la expansión mundial del capitalismo y las guerras coloniales, las relaciones colonias-metrópolis, la guerra de Crimea, la revolución española, la intervención francesa en México, etcétera; quizás los más deficientes de esos escritos de Marx son los que dedicó a América Latina.⁵¹ Hay que considerarlos como la base sobre la que se fundarían los posteriores

47 La participación en la revolución de 1848, y la actividad en la Liga de los Comunistas, constituyen una fase formativa de la estrategia de Marx y Engels, en la que aquí no puedo detenerme.

48 Citado por Rosdolsky, op. cit., p. 34.

49 Véanse los principales textos que Marx redactó para la Internacional y sobre la Comuna en C. Marx-F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, ed. Progreso, Moscú, 1978, t. II.

50 Levrero (art. cit., p. 15) afirma con razón que los escritos sobre Irlanda "significan un viraje decisivo [...] en la concepción marxista de la revolución proletaria". Una valoración coyunturalista y muy insatisfactoria del pensamiento de Marx sobre la cuestión irlandesa, guiada por intereses de erudición marxológica y no por motivos políticos, se encuentra en Georges Haupt y Claudie Weill, "Marx y Engels frente al problema de las naciones", en K. Marx-F. Engels, *La cuestión nacional y la formación de los Estados* (comp. de José Aricó), ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980, especialmente pp. 43-50.

51 Véase K. Marx-F. Engels, *Materiales para la historia de América Latina* (comp. y presentación de Pedro Scaron), ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1975. Scaron propone una aceptable periodización del pensamiento de Marx y Engels sobre el colonialismo. Véase, asimismo, el importante trabajo de José Aricó, *Marx y América Latina*, ed. Alianza Editorial Mexicana, México, 1982. Los escritos de Marx y Engels sobre los otros temas se encuentran en diversas compilaciones que me abstengo de citar excepto cuando las utilizo.

desarrollos de su pensamiento, pero ni aun estos trabajos pueden ser considerados "menores" sino parte integrante de su herencia teórica. Los menos conocidos se relacionan directamente con el proceso de elaboración de los restantes tomos de *El Capital* (que, como se sabe, Marx no alcanzó a terminar): se ha hablado de treinta mil páginas de notas escritas durante los últimos diez años de su vida.⁵² Se trata, sobre todo, de estudios sobre el problema de la tierra y de los campesinos que abarcan desde investigaciones sobre las formas de la comunidad primitiva o asiática hasta la comunidad campesina tal y como todavía subsistía en ese tiempo especialmente en Rusia. En las ahora llamadas *notas etnológicas* Marx abordó los problemas de parentesco, las instituciones colectivas de la sociedad primitiva, los orígenes de las clases sociales y del Estado y aportó precisiones de gran importancia teórica y política sobre la "sucesión" de los modos de producción. Condenó toda visión lineal e ingenuamente evolucionista del desarrollo económico y circunscribió la validez de los modos de producción feudal y clásico antiguo o esclavista al ámbito europeo.⁵³

Ambos procesos, confluyentes, dieron por resultado una modificación sustancial en la perspectiva revolucionaria de Marx. No pueden ser desligados porque coinciden en el tiempo y se enlazan en su pensamiento. El trabajo en la Internacional contribuyó "a desarrollar el internacionalismo de Marx, a liberarlo de elementos contradictorios con ese internacionalismo".⁵⁴ Para ilustrar la profundidad del cambio tomemos una carta que le dirige a Engels en 1858. En ella escribe que la colonización de California y Australia, más la incorporación de China y Japón, culminan "la misión particular de la sociedad burguesa", esto es, "el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y la producción basada en el mercado mundial". Luego emite un pronóstico destinado al error:

en el continente la revolución es inminente y asumirá también de inmediato un carácter

52 Véase Teodor Shanin (comp.), *Late Marx and the Russian Road*, ed. Monthly Review Press, Nueva York, 1983, p. 33.

53 Cf. Lawrence Krader, "Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico", en *Historia del marxismo*, ed. Bruguera, Barcelona, 1980, t. 2. Marx sostuvo que los dos únicos modos de producción verificables a escala mundial son el capitalista y el "modo de producción asiático", cuya denominación, aduce Krader, "es en cierto sentido errónea" ya que "es el estadio de la primera formación de la sociedad civilizada y del Estado" y "también habría podido llamarse afroasiática, o inca, o mexicana antigua", pues "las condiciones de su formación se repiten en distintas partes de las Américas, de Eurasia y de Africa" (pp. 124-26). Krader reunió y estudió las notas de Marx en *Marx' Ethnological Notebooks*, Assen, 1974, que desafortunadamente no pude consultar. De ese libro, las notas sobre *los aztecas* las publico en México la revista *El Buscón*, n. 7, noviembre-diciembre de 1983.

54 Pedro Searon, en op. cit., p. 8. La revista *Vuelta*, que difunde en la esfera de la "alta cultura" la misma ideología contrarrevolucionaria y anticomunista que Televisa esparce entre las masas del pueblo, publicó en su número de noviembre de 1983 un artículo, "Occidente y Oriente: civilización y barbarie", en donde se "analizan" los trabajos de Marx y Engels sobre el colonialismo. Es una muestra de "amor a la verdad", de mercancía barata elaborada mediante citas sacadas de contexto, tergiversaciones, etcétera. Su autor fue el excomunista Kostas Papaioannou, tan admirado por Octavio Paz.

socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?⁵⁵

Como sabemos, han sido los países imperialistas los que han amenazado la subsistencia de las revoluciones en el mundo subdesarrollado. La implantación y el "ascenso" de la producción burguesa en las áreas atrasadas las veía Marx como un curso todavía más inevitable en un célebre artículo de 1853: "Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: una destructiva, la otra regeneradora; la *aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia*". El "sistema ferroviario", por ejemplo, "se convertirá en un verdadero precursor de la industria moderna". De tal manera, la destrucción de "la base económica de las comunidades rurales" y la construcción de los ferrocarriles "han roto esa inercia autosuficiente de las aldeas", lo que desembocaría, "en un futuro más o menos lejano", en "la regeneración de este interesante y gran país".⁵⁶ Pero hacia 1865-66, cuando ya ha terminado el enorme manuscrito de *El Capital*, su visión se ha vuelto más compleja y matizada. Podemos leerla en un importante análisis sobre el mercado mundial incluido en el tercer tomo, en donde se examinan algunas de las consecuencias del avance del capitalismo sobre su entorno mundial no capitalista y las relaciones antagónicas de explotación que establece con los supervivientes modos de producción precapitalistas. En el periodo mercantilista, la generalización del comercio y su difusión entre los pueblos atrasados tiende a "disolver las antiguas relaciones", pero "este efecto disolvente depende mucho de la naturaleza de la entidad comunitaria productora" con la que se encuentra el capital comercial. Es decir, "la medida en la cual provoca la disolución del antiguo modo de producción depende, en primera instancia, de la firmeza y estructura interna de éste". Emergen relaciones de intercambio desigual ya en este periodo, porque además del saqueo y la estafa, el capital comercial "explota la diferencia entre los precios de producción de diversos países" y "se apropia una parte predominante del plusproducto" de aquellas "comunidades cuya producción aún se halla fundamentalmente orientada hacia el valor de uso". En sus mismos orígenes el capitalismo se despliega como un todo orgánico de

55 Marx a Engels, 8 de octubre de 1858, en *Correspondencia*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1972. En lo que sigue, utilizo también las cartas que aparecen —además de en las compilaciones que cito— en Carlos Marx, *Cartas a Kugelmann*, ed. Avanzar, Buenos Aires, 1969; K. Marx-F. Engels, *Cartas sobre El Capital*, ed. Laia, Barcelona, 1974.

56 "Futuros resultados de la dominación británica en la India" (8 de agosto de 1853), en Karl Marx Friedrich Engels, *Sobre el colonialismo*, ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979, pp. 77-84. Los dos primeros subrayados son míos.

desigual desarrollo. "El propio mercado mundial constituye la base de este modo de producción." Pero hay que distinguir históricamente entre el mercado mundial creado por el mercantilismo y el mercado mundial capitalista propiamente dicho. El primero, que surgió sobre la base de los grandes descubrimientos geográficos de los siglos XVI y XVII, con su cauda de saqueo y conquista, creación del primer sistema colonial, etcétera, constituyó "un factor fundamental en el favorecimiento de la transición del modo feudal de producción al capitalista". Hay una interacción entre los diversos "espacios" que van configurando la totalidad del mercado mundial. Pero esa transición, incluso en el dominante "espacio" europeo, sólo fue posible de manera desigual: "el modo de producción moderno sólo se desarrolló en aquellos lugares en los cuales las condiciones para ello habían surgido durante la Edad Media". "La eclosión del modo capitalista de producción", a su vez, actuó de manera decisiva sobre el comercio y sobre el mercado mundial, empujando hacia la creciente expansión de este último y subordinando el capital comercial al capital industrial. La producción capitalista se extiende al mercado mundial y se establece como el modo de producción dominante, pero no sin mezclarse con los antiguos modos de producción, con los cuales entabla relaciones metabólicas y de explotación. Se ve obligado a enfrentar "los obstáculos que opone la firmeza y estructuración internas de los modos de producción nacionales precapitalistas". En la India, por ejemplo, la expansión inglesa se topó con la resistencia de "las comunidades aldeanas basadas en la propiedad común del suelo" y hubo de acudir al empleo directo de "su poderío político y económico", y aun así "sólo logran realizar muy paulatinamente esta labor disolvente". Claro está que ese dominio del capital sobre las áreas precapitalistas no se verifica sin generar grandes desequilibrios y deformaciones:

Más que la historia de cualquier otro pueblo, la administración inglesa en la India ofrece la historia de experimentos económicos fallidos y realmente descabellados (en la práctica, infames). En Bengala crearon una caricatura de la gran propiedad rural inglesa; en la India sudoriental, una caricatura de la propiedad parcelaria; en el noroeste, en la medida en que les fue posible, transformaron la comunidad económica india, con su propiedad comunal de la tierra, en una caricatura de sí misma.⁵⁷

Muy distante ha quedado la confianza en aquella "misión regeneradora". Ahora Marx

⁵⁷ *El Capital*, cit. t. III, vol. 6, pp. 422, 424, 422-23, 425, 426, 427 y 426-27 n. Cf. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, ed. Era, México, 1979, p. 49: "la economía capitalista mundial es un sistema articulado de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas, vinculadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por el mercado mundial capitalista".

posee una concepción más compleja y precisa del mercado mundial y de las relaciones de los centros hegemónicos con las áreas subdesarrolladas sometidas a su dominio. Con ella llega a su cita con la Internacional. Durante un tiempo, la cuestión irlandesa acaparará su atención. Años de estudio previo de las condiciones socioeconómicas de Irlanda encontraron una formulación en el tomo I de *El Capital*, en un apartado del capítulo XXIII en el que Marx ilustra la ley general de la acumulación capitalista. Al ocuparse del movimiento revolucionario feniano, sabía, por tanto, cuál era el marco concreto dentro del que éste se ubicaba. Los fenianos habían surgido en Estados Unidos en 1857 entre los emigrados, y varios de ellos tomaron las armas en la guerra civil norteamericana. Organizados en la Hermandad Republicana Irlandesa, a principios de los sesenta contaban con secciones en la propia Irlanda. Sus objetivos: preparar una insurrección armada contra los ocupantes ingleses para conquistar la independencia nacional, construir una república democrática y realizar la reforma agraria. El alzamiento, finalmente, se programó para el 5 de marzo de 1867: desde bases situadas en los bosques y en las zonas montañosas, varias columnas guerrilleras debían avanzar sobre puntos estratégicos. Pero por diversos motivos el plan no funcionó como estaba previsto y la revuelta armada sólo estalló en algunos condados, los insurgentes lograron el control de una ciudad, hubo breves choques, pero al final el alzamiento fue sofocado y varios de los participantes aprehendidos. El 16 de agosto de ese año, Marx terminó de corregir las pruebas del primer tomo de su obra cumbre. El 18 de septiembre los acontecimientos se precipitaron: con el fin de liberar a dos de sus dirigentes, los fenianos atacaron un carro policiaco y dejaron a un policía muerto en la acción. En un típico acto de venganza de los que desde siempre han caracterizado al gobierno inglés, cinco irlandeses fueron procesados sin pruebas y condenados a muerte; como corolario, tres de ellos (Larkin, Allen y O'Brien) serían ejecutados en Manchester.

Durante los procesos judiciales y después de las ejecuciones, la agitación y las controversias políticas se desataron en Irlanda y en Inglaterra e involucraron a la Internacional y a las *trade unions* inglesas. La situación política potenció el pensamiento teórico de Marx. No se trataba ahora de dar cuenta de un proceso histórico ya cumplido, sino de caracterizar a un movimiento revolucionario no obrero y de definir sus posibilidades. Trató, frente a la oposición de algunos dirigentes sindicales, que los trabajadores se pronunciaran "a favor del fenianismo". No escaseaban las dificultades, pues el *Bee Hive*, periódico de las *trade unions* y que pasaba por ser el vocero inglés de la Internacional, ni siquiera informaba de las discusiones del consejo general de ésta sobre los fenianos. En una carta a Engels, el 2 de noviembre, Marx confiesa que "antes creía que era imposible separar a Irlanda de Inglaterra.

Ahora lo considero inevitable". Caracteriza la relación entre ambos países: "la dominación extranjera no tiene en ningún otro país europeo esta forma directa de expropiación a los nativos. Los rusos sólo confiscan por motivos políticos; los prusianos [...] compran todo". La situación colonial de Irlanda sólo podía homologarse a la de los países extraeuropeos.⁵⁸ En el trasfondo de los acontecimientos irlandeses se escondían dos problemas interconectados: ¿cuál era el carácter del movimiento feniano? y ¿cuál era su influencia y la de la misma relación colonial en el proletariado de la metrópoli? El 26 de noviembre, en lo que él mismo llamó un "análisis objetivo de la situación y del movimiento", escribió una respuesta. Retomó el análisis de *El Capital* sobre el proceso de concentración de la tierra, de despoblamiento y emigración forzada de los irlandeses; demostró el creciente empobrecimiento y degradación física, de las masas colonizadas denunció al Estado como "instrumento de los landlords". Indicó que el sistema de la dominación inglesa se había transformado desde 1846, y era ello lo que aportaba la clave para comprender al movimiento feniano. El primer "*rasgo característico del fenianismo*" (subraya siempre el propio Marx) es que se trata de un "*movimiento socialista*", de un "*movimiento de las clases inferiores*". Es, además, un movimiento "*no-católico*", de "*carácter nacional y republicano*". En el mismo documento (unas notas-guía para un discurso que Marx no pronunció), en el punto en que se proponía abordar la relación de la lucha irlandesa con "el pueblo inglés", anotó (y para nosotros es significativo) la relación "Francia, Argelia".⁵⁹ Lo que comienza a tomar cuerpo, en el cuadro estratégico de Marx, es la relación más general metrópolis-colonias en función del desarrollo de la lucha de clases. La orientación socialista del movimiento en la colonia, además, viene dada porque representa los intereses de "las clases inferiores". No son masas proletarias, pero sí masas subyugadas y explotadas por el capital. La opresión colonial sólo exacerba la explotación y "la opresión y además hace surgir, como central, la lucha por la independencia, la lucha nacional.

Marx advierte y critica los errores de los fenianos. En un intento de liberar a Richard Burke

58 Véase *Imperio y colonia*, cit. En "La cuestión de las islas Jónicas" (6 de enero de 1859) escribe Marx: "1as islas Jónicas, como la India e Irlanda, sólo demuestran que, para ser libre en su casa, John Bull [Inglaterra] debe esclavizar a los pueblos que están fuera de las fronteras de su Estado". Véase también "La agitación en Irlanda", del 11 de enero del mismo año.

59 El documento en *ibid.*, pp. 145-51 (subrayados de Marx). El 30 de noviembre de 1867 le escribe a Engels: "Lo que los ingleses no saben todavía es que desde 1846 el contenido económico y en consecuencia también el objetivo político del dominio inglés en Irlanda ha entrado en una fase completamente nueva, y precisamente por eso el fenianismo se caracteriza por una tendencia socialista (en sentido negativo, como dirigido contra la apropiación del suelo) y como movimiento de las clases inferiores". Las obreros ingleses, por su parte, debían incorporar "como un artículo de su programa de Lucha" la "abolición de la Unión" impuesta por Inglaterra. Tres puntos programáticos para los irlandeses: "1] Gobierno autónomo e independiente de Inglaterra; 2] Revolución agraria...; 3] Aranceles proteccionistas frente a Inglaterra". Sin duda, en todo ese desarrollo hay una nueva manera de abordar la *cuestión nacional*, ligada a la lucha por el socialismo.

volaron la prisión de Clerkenweld, pero la explosión destruyó algunas casas vecinas y causó la muerte de varias personas y numerosos heridos. Ello, *tácticamente*, le pareció "una gran tontería" que provocaba resultados contraproducentes: "enfurece a las masas londinenses y las arroja en brazos del partido del gobierno".⁶⁰ El 16 de diciembre del mismo año, ante unas cien personas reunidas en la Asociación Cultural de Trabajadores Alemanes, pronunció una conferencia de hora y media de duración. ¿Qué distinguía al fenianismo? El hecho de que "el movimiento sólo echó raíces (y tiene todavía su verdadera base) en las masas populares, en las clases inferiores. Esto lo *caracteriza*". Eran masas rurales de las que no cabían dudas sobre su evolución política, porque antes "el pueblo sólo seguía la dirección de aristócratas o burgueses y siempre a los curas católicos". En cambio, ahora, había surgido "esta forma —la más decidida e irreconciliable— de la oposición". La opresión inglesa, "aunque menos brutal por su forma", se ha vuelto "aniquiladora por su contenido" y no deja "otra salida que la emancipación voluntaria de Irlanda por parte de Inglaterra o la lucha a muerte". Para probarlo y convencer a su auditorio, Marx expuso los principales acontecimientos de la historia irlandesa desde 1172, cuando se realizó el primer intento de conquista por parte de los ingleses. Al final, la lucha por la tierra "se convirtió en el gran objetivo de todos los esfuerzos", pues "cada vez que Irlanda estaba a punto de desarrollarse industrialmente, se la reprimía y se la volvía a convertir en un país meramente agrícola".⁶¹

En todo esto hay una sutil ironía que es en realidad una lección política. Vemos a Carlos Marx luchando a favor de un movimiento revolucionario socialista que ni está bajo su dirección ni es "marxista". Son los "marxistas", más bien, los que se afilian al movimiento revolucionario: "nosotros somos todos fenianos convencidos", escribe Jenny Marx. El supuesto intransigente campeón de la revolución obrera "pura", como lo pinta la leyenda, se afana ante nuestros ojos por defender a un movimiento agrario popular que lucha en un país atrasado y "bárbaro" y con métodos "bárbaros", frente a la tenaz oposición de los

60 Carta a Engels del 14 de diciembre de 1867. Pero ello está lejos de la suprahistoria y moralista "aversión contra el terrorismo" que nuestros marxólogos Haupt y Well atribuyen a Marx sin ninguna prueba (en op. cit., p. 44), como si Marx fuera Felipe González, Reagan, la Thatcher o alguno de los tantos escritores que combaten contra la ETA de los vascos o el IRA de los irlandeses. En una carta a su hija Jenny (11 de abril de 1881), a propósito del juicio contra los implicados en el atentado al zar Alejandro II, Marx comentó: "Son gente muy capaz, sin actitudes melodramáticas, simples, objetivos y heroicos [...] El Comité Ejecutivo de San Petersburgo, que opera tan enérgicamente, publica manifiestas de refinada 'moderación' [...] Se esfuerzan en enseñar a Europa que su *modus operandi* es un modo de acción específicamente ruso e históricamente inevitable, *que se presta tan poco a la moralización —en pro o en contra— como el terremoto de Quíos*" (estos últimos subrayados son míos). La carta aparece citada en K. Marx-F. Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980, p. 14.

61 En *Imperio y colonia*, cit., pp. 154-70. Allí Marx estableció, en términos políticos, la interacción metrópoli-colonia: "*Cromwell*: primer levantamiento nacional de Irlanda, su segunda y completa conquista. Recolonización parcial (1641-1660) [...] *Con la conquista irlandesa, Cromwell frustra la república inglesa*" (los subrayados son de Marx).

"civilizados" dirigentes reformistas obreros ingleses que, por esos días, sellan una sólida alianza con su burguesía. Marx, a este respecto, escribe a Kugelmann el 6 de abril de 1868. Considera que las próximas elecciones inglesas, que van a celebrarse en el marco de una reforma electoral parcial conquistada por la lucha de las *trade unions*, representan "un giro de las cosas perjudicial para el partido de los trabajadores. Pues los intrigantes que hay entre ellos y que quieren entrar en el próximo parlamento [algunos, miembros de la Internacional e incluso de su consejo general] tienen ahora un nuevo *pretexto* para unirse a los liberales burgueses". Pero confía en que la radicalización de la Lucha por la tierra en Irlanda y la consecuente caída del landlordismo ("primero en Irlanda y luego en Inglaterra") será favorable para la clase obrera inglesa. "Pero yo siempre estuve convencido —enfatisa— de que la *revolución social* debe empezar *radicalmente*, es decir, a partir de la propiedad de la tierra". ¿Sorprendente declaración? No, si se piensa que se encuentra potencialmente inscrita en su fundamental concepción de la tierra y el trabajo como las dos únicas fuentes de toda riqueza. Ésa es la manera en que el desenvolvimiento de las circunstancias preside el análisis y determina las tomas de posición. No permite que ningún dogma o prejuicio entorpezca la asimilación teórica de la lucha de clases tal y como ésta se despliega en la historia. La lucha feniana es sin duda un fenómeno nuevo, y el esfuerzo teórico, liberado de apriorismos, está obligado a comprender críticamente su génesis y su desarrollo específico. Pero la clase obrera inglesa es sometida al mismo tratamiento y qué mal parado queda el prejuicio obrerista.

El movimiento por la amnistía alcanzó en Irlanda un carácter masivo. Treinta mil personas asistieron a un mitin en Limerick, y en octubre de 1869 se congregó en Dublín, no obstante las provocaciones y las amenazas de represión, una multitud de doscientos mil manifestantes. Las muestras de solidaridad en Inglaterra, que las hubo, eran empero obstaculizadas, aun las de la Internacional, por los líderes reformistas. En este mismo año, el 29 de noviembre, Marx comunicó a Kugelmann sus más recientes conclusiones. "Cada día estoy más convencido —y sólo es necesario inculcarle esta convicción a la clase obrera inglesa— de que ella *nunca podrá hacer nada decisivo* en Inglaterra hasta tanto no separe su política con respecto a Irlanda, en la forma más decidida, de la política de las clases dominantes". La necesidad de autonomía clasista es "una exigencia fundada en el interés del proletariado inglés", porque este "pueblo" permanecerá "bajo la tutela de las clases dominantes" mientras haga "frente común con ellas contra Irlanda". Imperativo ineludible para esperar algo del proletariado inglés: que conquiste su independencia y autonomía de clase, que entre en confrontación con sus clases dominantes y que vuelva suyos los objetivos de las clases inferiores de la colonia. En Inglaterra, "la primera condición para obtener la emancipación" consiste en "el

derrocamiento de la oligarquía inglesa de la tierra", que tiene su puesto más fortificado en Irlanda. De tal manera, *el eje de la revolución se reubica teóricamente en la colonia*. En Irlanda "el aniquilamiento de la aristocracia del suelo (que está formada en buena medida por los mismos landlords ingleses) es infinitamente más fácil que aquí, *porque en Irlanda el asunto no es sólo una simple cuestión económica, sino, al mismo tiempo, una cuestión nacional*". La acumulación y exacerbación de contradicciones es lo que permite situar el foco de la revolución en el área dominada, en el país atrasado, en donde la lucha nacional se convierte en otra fuerza motriz de la revolución. Marx tuvo aquí una luminosa intuición del posible curso de la revolución mundial.

Antes de que terminara ese año, escribió a Engels el 10 de diciembre. Se autocriticó porque antes creía que "era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa". "Un estudio más profundo —declaró— me ha convencido *de lo contrario*." Marx no deja lugar a dudas: ha reubicado el eje de la revolución en el área subdesarrollada. Pero si bien "hay que poner la palanca en Irlanda", en donde acaba de hacer su "aparición la clase de los obreros agrícolas contra la clase de los agricultores", el objetivo es la *revolución mundial*. Es una exageradísima afirmación polémica la de Levrero (art. cit.) según la cual Marx habría prefigurado la estrategia maoísta —inicialmente formulada por Bujarin en el VI Congreso de la Internacional— de llevar la revolución del campo a la ciudad (el "campo mundial" contra la "ciudad mundial"). Como fue un dogma de Trotsky, y luego de muchos trotskistas, la tesis de que la revolución socialista era fundamentalmente un asunto urbano y, por lo tanto, iba de la ciudad al campo (los trotskistas chinos, que redujeron a caricatura la enseñanza de su maestro, llegaron a denunciar el triunfo de Mao como "contrarrevolución burguesa y estalinista"). La estrategia *de Marx* no contenía ese tipo de preferencias espaciales o sociogeográficas: la revolución estaba allí donde las masas (urbanas y/o rurales) luchaban por la revolución. El *espacio* (del capital, del Estado) es primordialmente, para Marx, un *espacio social* y secundariamente todo lo demás; de allí la acertada noción de los revolucionarios salvadoreños: "*la montaña es el pueblo*".

El documento más importante en el que Marx plasmó su nueva visión estratégica fue aprobado por el consejo general de la Internacional, como "circular secreta", el 10 de enero de 1870.⁶² Explica en él, primero, el origen y desarrollo de la lucha contra Bakunin y sus seguidores. Luego examina la decisiva importancia de Inglaterra para la revolución mundial. Es el "único país que ya no tiene campesinos" y en donde la "propiedad territorial está

⁶² Puede leerse, en fragmento, en *Imperio y colonia*, cit., pp. 197-99; completo, en *Cartas a Kugelmann*, cit., pp. 90-100. Los subrayados son de Marx.

concentrada en unas pocas manos". "La forma capitalista", aquí, domina prácticamente toda la producción y "*la gran mayoría de la población consiste en obreros asalariados*". La lucha de clases y la organización sindical han alcanzado "un cierto grado de madurez", pero además tiene una posición hegemónica en el planeta:

En razón de su dominio sobre el mercado mundial, es el único país donde cada revolución en su aspecto económico debe repercutir inmediatamente en el mundo entero.

Gracias a que la sede del consejo general se encontraba en Londres, podía "tener directamente la mano sobre esta gran palanca de la revolución proletaria". Lo cual podía suplir la gran desventaja de que a "los ingleses lo que les falta es el *espíritu generalizador y la pasión revolucionaria*". Sin embargo, insistía, Inglaterra no es un país cualquiera: "debe ser considerada como la *metrópoli del capital*". Pero ¿en dónde y cómo comenzará la revolución? "Es probable que la iniciativa revolucionaria parta de Francia." Aunque sin ninguna duda el eje se encuentra en la colonia: "Es Irlanda el único lugar en que se puede descargar el gran golpe contra la Inglaterra oficial". Ello lo determina la sobreposición y confluencia de múltiples contradicciones, que pueden ser afrontadas porque existe un movimiento revolucionario:

En Irlanda la operación es cien veces más fácil, puesto que *la lucha económica está exclusivamente concentrada en torno a la propiedad territorial*, porque esta lucha es, allí, simultáneamente *nacional*, y porque el pueblo es allí más revolucionario y está más exasperado que en Inglaterra. El landlordismo en Irlanda se ha mantenido pura y exclusivamente gracias al *ejército inglés*.

Pero ¿cuál sería el *carácter de esa revolución*?

No bien cesara esta Unión obligada entre los dos países [es decir, la relación colonial], estallarían en Irlanda, aunque con forma primitiva, una revolución social.

De la relación colonial se desprenden otras consecuencias profundas. La emigración irlandesa forzada por la burguesía inglesa contribuye a acrecentar el ejército de reserva industrial y, con ello, a deprimir los salarios obreros en Inglaterra. Pero Logra más: "ha conseguido dividir al proletariado en dos campos hostiles". Se puede ver en "todos los

grandes centros industriales de Inglaterra un profundo antagonismo entre el proletariado irlandés y el proletariado inglés". El impacto subjetivo, en la conciencia de los trabajadores, de esa acción burguesa, es lo decisivo:

El obrero inglés común odia al obrero irlandés como a un competidor que deprime los salarios y el nivel de vida. Experimenta hacia él antipatías nacionales y religiosas. Lo ve más o menos como los blancos pobres de los estados del sur de América del Norte veían a los esclavos negros. Este antagonismo entre los proletarios en la propia Inglaterra, es alimentado artificialmente y sostenido por la burguesía. Sabe que esta división es el *verdadero secreto para mantener su poder* [...] Al fin, lo que nos mostró la antigua Roma, se repite actualmente en Inglaterra en escala monstruosa. *El pueblo que explota a otro pueblo se forja sus propias cadenas.*

La división y el odio que la burguesía concita entre los trabajadores de diferentes países y distintos estratos se escenifica a escala mundial (¿recuerdan la suerte de los mexicanos, puertorriqueños, etcétera, en Estados Unidos? ¿o la de todos Los emigrantes en Alemania, Francia, etcétera?) Otro aspecto de la relación colonial que contribuye a perpetuar la dominación burguesa lo muestra la función del ejército. Inglaterra, dice Marx, mantiene y entrena en la colonia un gran ejército de ocupación ("lo educa y transforma en soldadesca en Irlanda") y, como lo muestra la experiencia, "en caso de necesidad lo lanza sobre los obreros ingleses".⁶³

La revolución en Irlanda no se produjo. Ello debe atribuirse no sólo a los errores fenianos, como se estilaba, sino también al declinante apoyo de los obreros ingleses y a la persecución y represión implacables del gobierno. Pero Marx ya no abandonó la previsión de que la revolución comenzaría en las áreas atrasadas. Un mes después de que se aprobara la "circular secreta", el consejo general rompió con el *Bee-Hive*; entre otras razones, porque "predicaba la armonía con los capitalistas". Marx, desde 1863, se refirió a la "aparente infección burguesa de los obreros británicos". Ahora pudo comprobar su completo vuelco al reformismo y la conciliación de clases.⁶⁴ En 1872, en el congreso de La Haya de la Internacional, denunció a

63 Véase también la carta de Marx a Sigfrid Mayer y August Vogt, del 9 de abril de 1870, en donde resume la "circular secreta": "El obrero inglés corriente odia al obrero irlandés [...]; se siente, frente a él, miembro de la *nación dominante* y se transforma, precisamente por eso, en instrumento de sus aristócratas y capitalistas *contra* Irlanda, con lo cual consolida el dominio que ellos ejercen sobre él. Tiene prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra él [...] El irlandés le paga con la misma moneda. En el obrero inglés ve, al mismo tiempo, al cómplice y al instrumento estúpido del *dominio inglés en Irlanda*" (subrayados de Marx).

64 La cita de Marx en Eric Hobsbawm, "Karl Marx y el movimiento obrero británico", en *Revolucionarios*, ed. Ariel, Barcelona, 1978, p. 140. Hobsbawm agrega que en la década de los setenta (del -siglo pasado) la clase

los líderes de las *trade unions* como "sobornados" por su burguesía. Y dos años después, en una carta a Kugelmann, aseguraba que "los obreros industriales deben ante todo desembarazarse de sus actuales jefes".⁶⁵

En el apartado anterior vimos las bases económicas del reformismo obrero; acabamos de ver algunas de las principales causas políticas del mismo. Son claves fundamentales para entender, por una parte, el curso seguido por la revolución mundial; por otra, el reformismo obrero generalizado y la descomposición política de sus direcciones en los países imperialistas, especialmente a partir del auge de la segunda posguerra, cuando los elementos principales que Marx analizara para un caso específico se vieron enormemente potenciados.

A partir de 1873 Marx abandonó toda actividad política pública. Atrás había quedado aquella opinión que sostuviera en 1858 según la cual era probable que el mundo subdesarrollado amenazara la construcción socialista de Europa. No emitió, por cierto, ningún juicio concluyente que negara posibilidades revolucionarias a la clase obrera europea. No en balde tenía una mirada histórica que podía descubrir, en el reformismo, el conciliacionismo y la pasividad políticos de las masas obreras, fenómenos específicos e históricamente determinados. Por supuesto, también contra todo eso había que luchar, y de allí que se expresara tan mal a propósito de contemporizadores que se encontraban por todas partes, incluido el partido social-demócrata alemán, a la mayoría de cuyos dirigentes no trató sólo de "estúpidos": ya en 1877 hablaba del "espíritu podrido" que se manifestaba entre los líderes de esa agrupación. Lo que la experiencia irlandesa le aportó fue un ensanchamiento de su horizonte estratégico y la convicción de que, por lo pronto, el eje de la revolución se encontraba en los países atrasados. Las "esperanzas" revolucionarias, como ya vimos, no las depositaba en una clase "elegida" (¿por quién?) sino en la lucha misma. La clase obrera, pasiva, es sólo valor de uso para el capital; sólo el enfrentamiento, la lucha de clases, desarrolla su conciencia. Pero además, como lo comprobó en el caso de Irlanda, otras clases y sectores explotados participan en la lucha anticapitalista y es preciso reconocer su potencial revolucionario. Así enfocó los acontecimientos de su último decenio de vida. Esperaba —y no sin fundamento— que la próxima revolución se produciría en Rusia. La situación agraria de

obrera inglesa "había dejado de ser revolucionaria, y el socialismo había desaparecido prácticamente de su seno" (p. 138).

65 En carta a Liebknecht del 11 de febrero de 1878, escribió Marx: "La clase obrera inglesa había sido cada vez más corrompida desde 1978, p. 140. Hobsbawm agrega que en la década de los setenta (del dominio industrial mundial de Inglaterra) y había terminado por llegar a no ser otra cosa que la cola del gran Partido Liberal, es decir, los lacayos de los capitalistas. Su dirección había pasado completamente a manos de los corrompidos dirigentes de las *Trade Unions* y de los agitadores profesionales", en *Correspondencia*, cit., p. 302 y en Lenin, *Cuadernos sobre el imperialismo*, ed. Estudio, Buenos Aires, 1964, t. II, p. 646. Sobre el desarrollo económico de ese periodo, véase Eric Hobsbawm, *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, ed. Ariel, Barcelona, 1977, y del mismo autor, *La era del capitalismo*, ed. Guadarrama, Barcelona, 1981.

este país estaba destinada a un lugar central en la parte de *El Capital* en donde se ocuparía del problema de la tierra. Como informó el mismo Engels en el prólogo al tercer tomo:

En el decenio de 1870, Marx efectuó estudios especiales enteramente nuevos para [la] sección dedicada a la renta de la tierra [...] Dada la variedad de formas tanto de la propiedad de la tierra como de los productores agrícolas en Rusia, en la sección acerca de la renta de la tierra Rusia estaba destinada a desempeñar el mismo papel que había desempeñado Inglaterra, en el primer tomo, al tratarse el trabajo asalariado industrial.

El mismo papel que Inglaterra, o sea, los problemas agrarios iban a ser abordados en el mismo nivel de importancia que los de la clase obrera industrial. En realidad Marx inició esos estudios desde 1868, y al año siguiente comenzó a aprender el idioma ruso porque "cuando se quiere tratar de la cuestión agraria, se hace indispensable estudiar, en sus fuentes originales, las condiciones de la propiedad territorial en Rusia".⁶⁶ Insisto en la necesidad de ligar las adquisiciones teóricas de la experiencia irlandesa (especialmente el reconocimiento del potencial revolucionario de las masas rurales) con el desarrollo de su pensamiento respecto a Rusia. No hacerlo así sólo ha provocado confusiones o intentos de explicación "sofisticados" pero que no van a fondo.⁶⁷ Rusia era un país atrasado y agrario, marginal a las áreas de más intensa acumulación de capital (todavía en 1916, Lenin lo definió como un país "en el que el imperialismo capitalista moderno está enredado en una espesa maraña de relaciones precapitalistas"), en donde la "liberación" de la servidumbre sólo se produjo en 1861. El interés de Marx se acrecentó, porque

el movimiento intelectual que se desarrolla actualmente en Rusia revela una profunda fermentación subterránea. Las cabezas pensantes están siempre conectadas por invisibles hilos al cuerpo del pueblo.⁶⁸

66 Carta a Kugelmann del 27 de junio de 1870, en *Cartas sobre El Capital*, cit., p. 203; véanse también las pp. 183-84. El principal corresponsal ruso de Marx fue el economista populista Danielsón, traductor de *El Capital*; el ruso fue el primer idioma al que se tradujo esta obra. En K. Marx, Nicolái F. Danielsón y F. Engels, *Correspondencia, 1868-1895*, ed. Siglo XXI, México, 1981, se encuentran abundantes testimonios sobre la amplitud de los estudios de Marx en fuentes rusas directas. Apreció los escritos de los estudiosos populistas y elogió sin reticencias las obras de Chernishevski; sobre la obra de Flerovski, *La situación de la clase trabajadora en Rusia* (1869), llegó a escribir a Engels en 1870: "este es el libro más importante que ha aparecido después de tu obra sobre *La situación de la clase obrera*".

67 Véase a este respecto la interesante contribución de Teodor Shanin, "Late Marx: Gods and Craftsmen", en op. cit., quien fecha en 1872 el cambio de perspectiva de Marx y pierde con ello de vista la "clave irlandesa". A fin de cuentas, sin poder explicarlo, Shanin concluye hablando de un "salto conceptual" (p. 33). Podríamos estar ya hartos de traer a Marx hacienda cortes o provocando rupturas (epistemológicas), dando brincos (conceptuales), o dividido en dos pedazos (el científico y el profeta).

68 Carta a S. Mayer del 21 de enero de 1871. Aquí no tengo espacio para un análisis de las relaciones de Marx con el populismo revolucionario ruso, un movimiento de gran importancia sin cuyo conocimiento no es posible

Con ocasión del estallido de la guerra entre Rusia y Turquía (1877-1878), en una carta a Sorge (27 de septiembre de 1877), dice que "Rusia ha estado durante mucho tiempo en el umbral de un levantamiento", que ahora se ha acercado debido a las derrotas que, al principio, los "valientes turcos" infligieron al ejército de los Romanov. Confía en estar vivo "para ver el chiste" y pronostica:

Esta vez la revolución empezará en Oriente, el que ha sido hasta ahora la fortaleza invicta y el ejército de reserva de la contrarrevolución.

Se pronuncia nuevamente sobre el potencial revolucionario de los campesinos e insiste en situar el eje de la revolución en los países atrasados. Le escribe a Liebknecht: "Apoyamos decididamente a los turcos por dos motivos:

- 1] Porque hemos estudiado al *campesino turco* —o sea, a la masa del pueblo turco— y hemos visto en él al representante indudablemente más activo y noble de los campesinos europeos;
- 2] porque la derrota de Rusia acelerará considerablemente *la revolución social en Rusia* y, por consiguiente, *la revolución social en toda Europa*.⁶⁹

Marx descubrirá en Rusia una oportunidad revolucionaria excepcional, unas condiciones con las que no contaban los países plenamente sometidos al dominio del capital. En otras palabras, *descubrió, en las condiciones históricas de Rusia, la posibilidad de que, mediante la revolución, los productores asociados comenzaran a regular racionalmente su metabolismo con la naturaleza (la producción y reproducción de su vida) sin tener que pasar por todos los horrores de la producción capitalista*. No es posible comprender este desarrollo del pensamiento de Marx, sin asimilar profundamente cuatro elementos: 1] la subsistencia de la comuna rural abría posibilidades históricas inexistentes en los otros países europeos; 2] la revolución social, como en el caso de cualquier otro país, dependía de la acción de las fuerzas

comprender a fondo la evolución del marxismo ruso y, en particular, la obra de Lenin (teórica y práctica). Entre la bibliografía existente puede verse la obra ya clásica de Franco Venturi, *El populismo ruso*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1975, dos volúmenes, en donde hay abundante información sobre la influencia de las ideas de Marx sobre los populistas; véase también la importante Introducción de Vittorio Strada a su edición de V. I. Lenin, *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo*, ed. Era, México, 1977, para la relación populismo-bolchevismo.

69 Carta de Marx a Liebknecht del 4 de febrero de 1878, citada por Levrero, op. cit., p. 51 (los dos últimos subrayados son míos).

sociales motrices de la misma y no de ninguna misteriosa "condición económica" ; 3]la transición se contemplaba como un proceso histórico paulatino y a largo plazo; 4] los procesos internos eran los fundamentales y decisivos, pero se ubicaban en la totalidad del mercado mundial y se conectaban, por lo mismo, con la revolución mundial. (Sería un gravísimo error, que ya cometió el estalinismo, seguir ignorando estos desarrollos del pensamiento de Marx que, con todas las adecuaciones y modificaciones que se quiera, pueden ayudarnos, en nuestros países, a buscar mejores caminos para la revolución y la construcción del socialismo.) Veamos cómo enfrentó Marx el reto teórico de la revolución en Rusia.

A finales de 1877 se declaró inequívocamente en contra de lo que se volvería la manera habitual de interpretar *El Capital*: considerar su "*esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental*" como "una teoría filosófica-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos".⁷⁰ Insiste: "El capítulo de mi libro que versa sobre la acumulación originaria se propone señalar simplemente el camino por el que en la Europa occidental nació el régimen capitalista del seno del régimen económico feudal". Menciona los "muchos años" de estudio que ha dedicado a las cuestiones agrarias rusas, y declara sin rodeos:

si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861 [es decir, la expansión del capital en el agro], desperdiciará la más hermosa *ocasión* que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo *para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista*. [Loc. cit., subrayados míos.]

En cuanto ocasión histórica, su aprovechamiento depende de la voluntad en acto de las fuerzas sociales, de las masas campesinas, pues en Rusia por ese entonces no había otras. Cualquiera que se haya liberado del "fetichismo", que no vea cosas en las relaciones económicas, sino que, detrás de éstas, sea capaz de ver relaciones sociales, comprenderá lo anterior con facilidad. Vale la pena insistir en que son los procesos internos los que aparecen como fundamentales y decisivos. Los argumentos centrales de esa carta los refrendó Marx al responder, en 1881, a una consulta que le hiciera Vera Zasúlich. Ésta, en una misiva en la que se mezclaban la angustia moral y el objetivismo economicista, lo instaba a exponer sus ideas "acerca del posible destino de nuestra comunidad rural" y a aclarar su "teoría de la necesidad

⁷⁰ Karl Marx, "Carta a la redacción de *Otiéchestviennie Zapiski*" (Anales de la Patria). Esta carta fue escrita a "fines de 1877". La tradujo al español y la incluyó Wenceslao Roces en su traducción de *El Capital*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1968, t. I, pp. 710-12. Reproducida en Marx y Engels, *Escritos sobre Rusia*, cit., pp. 62-65; la cita en la p. 64 (subrayado mío). Sobre el origen de esta carta, y la suerte que corrió, véase José Aricó, *Marx y América Latina*, cit., pp. 158-60.

histórica para todos los países del mundo de pasar por todas las fases de la producción capitalista". Apasionadamente dijo que era un asunto "de vida o muerte". Y sin embargo, ella y su grupo (Plejánov, etcétera), ocultaron la respuesta de Marx, que sólo se conoció hasta 1924.⁷¹ Nuevamente, Marx limitó la validez de su estudio sobre la génesis histórica de la producción capitalista, tal y como aparecía en el tomo I de su obra, a los países de Europa occidental. Las condiciones históricas de Rusia, dijo, son distintas:

En este movimiento occidental se trata [...] de la *transformación de una forma de propiedad privada* [la propiedad del productor directo sobre sus medios de producción] *en otra forma de propiedad privada* [la capitalista, que implica la acumulación de esos medios en pocas manos]. Entre los campesinos rusos, por el contrario, habría que *transformar su propiedad común en propiedad privada* (p. 60).

José Carlos Mariátegui, en el Perú de los años veinte, descubrió por su cuenta el potencial revolucionario de las masas indígenas (tal y como luego lo descubrieron los revolucionarios guatemaltecos) y enseñó, contra las posiciones dogmáticas de la Internacional Comunista, que la subsistencia de la comuna rural era un elemento favorable para la construcción socialista; por ello, los estalinistas peruanos y soviéticos lo atacaron y lo tildaron de populista. ¿Cómo calificaban a Marx? Él escribió en su primer borrador:

En Rusia, gracias a una excepcional combinación de circunstancias, la comuna rural, establecida todavía en escala nacional, puede irse desprendiendo de sus caracteres primitivos y desarrollando directamente como elemento de la producción colectiva en escala nacional. Es precisamente gracias a la contemporaneidad de la producción capitalista como puede apropiarse todas sus adquisiciones positivas sin pasar por sus peripecias espantosas.⁷²

No se le ocultaba que la comuna rural estaba sometida a "influencias deletéreas que la

71 La carta de Zasúlich, los borradores de Marx y su carta de respuesta aparecen en *Escritos sobre Rusia*, cit. La carta de Marx tiene fecha del 8 de marzo de 1881. Para la historia de su ocultamiento, véase allí mismo David Borísovich Riazánov, "Vera Zasúlich y Karl Marx", pp. 21-27.

72 Ibid., p. 32. Cf. Mariátegui, "El problema indígena" (mayo de 1929), en José Carlos Mariátegui, *Obra política*, ed. Era, México, 1979: "Sin los elementos materiales que crea la industria moderna, o si se quiere el capitalismo, ¿habría posibilidad de que se esbozase el plan, la intención siquiera de un Estado socialista, basado en las reivindicaciones, en la emancipación de las masas indígenas?" (p. 237). "En países como Perú y Bolivia [...] donde la mayor parte de la población es indígena, la reivindicación del indio es la reivindicación popular y social dominante" (p. 238). "Las comunidades que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan en Perú un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos de cooperación [...]" (p. 244). Véase también, de Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. Era, México, 1979.

acosan por todas partes" (p. 61). Pero, para él, eso sólo demuestra que los mismos intereses que la han explotado tradicionalmente han llegado a la conclusión de que "el estado actual de la comuna ya es insostenible" (p. 44) y luchan contra ella con el fin de someter a las masas a una nueva forma de explotación. Como no hay ninguna fatalidad suprahistórica en este proceso, sino que el mismo depende de la articulación de las relaciones sociales, la conclusión se desprende inevitable:

Para salvar a la comuna rusa hace falta una revolución rusa [p. 44]. [...] Lo que pone en peligro la vida de la comuna rusa no es ni una fatalidad histórica, ni una teoría: es la opresión por el Estado y la opresión por intrusos capitalistas, hechos poderosos por el mismo Estado a costa de los campesinos [p. 51].

Los nuevos estudios emprendidos por Marx y la modificación de su perspectiva revolucionaria, influyeron para que no pudiera completar los restantes tomos de *El Capital*. Porque, además, todo ello se dio en el marco de transformaciones de largo alcance en el capitalismo mundial. La llamada gran depresión de 1873-1896 marcó el principio del fin de la hegemonía de Inglaterra y dio paso a la fase imperialista del capitalismo. Esos cambios operaron, sin duda, sobre la estrategia revolucionaria de Marx; pero también, junto con el absorbente estudio de las cuestiones agrarias, le impusieron ritmos a su trabajo teórico. Explicó a su corresponsal ruso, en 1879, que "en ningún caso" publicaría "el segundo volumen antes de que la actual crisis industrial inglesa haya alcanzado su punto culminante". Hasta que los acontecimientos "lleguen a su madurez", dijo, no puede "consumírseles teóricamente".⁷³

Los fenómenos —precisó— son esta vez especiales y en muchos aspectos distintos de lo que han sido en el pasado, y esto (independientemente de otras condiciones determinantes) se explica fácilmente por el hecho de que *nunca antes* la crisis inglesa ha ido precedida por esa otra terrible crisis que está durando ya cinco años en los Estados

⁷³ Lo mismo dice en otra carta del 27 de junio de 1880: "precisamente en este momento, algunos fenómenos económicos están llegando a un estadio nuevo de su evolución y exigen por consiguiente que yo reelabore las cuestiones correspondientes", en *Cartas sobre El Capital*, cit., p. 228. La importante carta a Danielsón, del 10 de abril de 1879, que a continuación examino en parte, ofrece un atisbo de por dónde iría esa reelaboración; puede verse en *ibid.*, pp. 222-27, y en la ya citada *Correspondencia con Danielsón*, pp. 123-29: cito indistintamente de una u otra traducciones. A veces intercalo frases de una en otra.

Unidos, en América del Sur, en Alemania, en Austria, etcétera.

Son inusitadas la amplitud y la sincronía mundiales de la crisis. Pero también es inusual el comportamiento de comerciantes e industriales, quienes creen que ha llegado el fin: "Nunca he visto cosa semejante, nunca he asistido a un derrumbamiento moral similar, y eso que me encontraba en Londres en 1857 y en 1866". Pero ahora, aunque se producen "huelgas y disturbios", Marx no espera ningún "diluvio" como en 1857. Conocemos sus razones: faltan la voluntad organizada y el ánimo revolucionarios. Por eso, "cualquiera que sea la evolución de esta crisis [...] pasará como las que la han precedido e introducirá un nuevo `ciclo industrial". Otro de los "aspectos peculiares de la situación" es el fortalecimiento del sistema bancario: "las inmensas sociedades bancarias por acciones sólo han *sacado provecho* del marasmo general" y, además, en algunas regiones industriales, "también invirtieron una gran parte de su capital en la fundación de nuevas fábricas". Luego, respecto a cuestiones planteadas por Danielsón, se refiere a la importancia de los ferrocarriles. Los califica de "coronación de la obra" en los países capitalistas más desarrollados; porque forman parte de los medios de comunicación correspondientes a los medios de producción contemporáneos, pero

también porque han servido de base a enormes sociedades por acciones, que constituyen al mismo tiempo un *nuevo punto de partida* para todas las demás especies de *sociedades bancarias*. En una palabra, han dado un impulso hasta ahora insospechado a la *concentración del capital* y también a la acelerada e inmensamente *ampliada actividad cosmopolita del capital financiero*, aprisionando así al mundo entero en una red de estafa financiera y de adeudo recíproco.⁷⁴

Este primer análisis marxista del imperialismo toma en cuenta que, al mismo tiempo que impulsan el comercio exterior, en los países "que exportan principalmente *materias primas*" los ferrocarriles también "han acrecentado la miseria de las masas". Se abre paso una nueva

74 El año anterior, en carta al mismo Danielsón, del 15 de noviembre de 1878, Marx pronosticó el ascenso norteamericano: "El primer país en donde los negocios van a seguir la línea *ascendente* son los Estados Unidos de América del Norte. Sólo que el auge se producirá allí en condiciones totalmente nuevas... y peores. El pueblo tratará en vano de deshacerse del poder de los monopolios y del funesto influjo (por lo que se refiere a la *felicidad inmediata* de las masas) de las grandes compañías que acaparan la industria, el comercio, la propiedad territorial, los ferrocarriles, las finanzas, a un ritmo continuamente acelerado desde el comienzo de la Guerra de Secesión [...] El terreno ciertamente más interesante para el economista se encuentra hoy en los Estados Unidos, sobre todo durante el periodo que va desde 1873 (a partir del crack de septiembre) hasta 1878, el periodo de la crisis crónica. En aquellas tierras se han producido en algunos años transformaciones cuya realización ha exigido siglos en Inglaterra". Esta carta se encuentra en *ibid.*, respectivamente, en pp. 221-22 y en pp. 92-94. Los subrayados aquí y los que aparecen en el texto son, excepto uno o dos, de Marx.

división internacional del trabajo: "la producción misma, quiero decir, el género particular del producto, se ha modificado según sus más o menos posibilidades de exportación". Se acentúan las desigualdades del desarrollo mundial, pero también se agudizan las contradicciones:

la aparición del sistema ferroviario en los principales países capitalistas permitió —e incluso obligó— que naciones, en las cuales el capitalismo abarcaba sólo a una reducida capa superior de la sociedad, crearan y ampliaran bruscamente su superestructura capitalista en una medida enteramente desproporcionada al conjunto del organismo social, que prosigue la gran labor de producción conforme a los modos tradicionales. No hay, pues, duda alguna de que en esos *Estados* la creación de los ferrocarriles *ha acelerado la desintegración social y política*, de la misma manera que en los Estados más avanzados ha acelerado el desarrollo final y, por lo mismo, la transformación final de la producción capitalista.⁷⁵

La gran crisis que Marx ve evolucionar en los países más desarrollados no lo lleva a concebir la esperanza de una próxima revolución en éstos. Contemporáneamente, como descubriendo el punto de menor resistencia y en donde se acumulan las contradicciones, ubica sin dudas el eje de la revolución en los países coloniales (Irlanda) y atrasados (Rusia), esto es, en el mundo subdesarrollado. Recapitulemos las principales razones de este fundamental cambio de perspectiva estratégica. 1] La primordial es la aparición de movimientos revolucionarios en las áreas atrasadas. 2] La orientación socialista de éstos está dada porque responden a los intereses de las "clases inferiores", es decir, a los intereses de las grandes masas agrarias y populares, cuyo potencial revolucionario se reconoce en cuanto se orientan antagónicamente contra la dominación del capital. 3] Todo ello lo provoca la incontenible expansión del capital sobre su entorno mundial no capitalista, la cual se efectúa no sólo desorganizando los modos de producción precedentes y haciendo surgir incontables deformaciones, sino también reduciendo a las masas a condiciones de superexplotación que

⁷⁵ El último subrayado es mío. Lenin, que debió conocer al menos parte de esta carta, citada por Danielsón en el prólogo a su traducción del tomo II de *El Capital* (1885); no la menciona en relación con sus estudios sobre el imperialismo. En *El imperialismo, etapa superior del capitalismo, en Obras*, cit., t. XXIII, concedió a la construcción y distribución de vías férreas una gran importancia; en su Prólogo a las ediciones francesa y alemana, de 1921, escribió: "Los ferrocarriles son el resumen de las industrias capitalistas fundamentales, el carbón, el hierro y el acero ; el resumen y el índice más notorio del desarrollo del comercio mundial y de la civilización democrático-burguesa [...] La distribución desigual de los ferrocarriles, su desarrollo desigual, constituyen una síntesis, por así decirlo, del moderno capitalismo monopolista en escala mundial" (p. 305). Y extrajo una conclusión política semejante a la apuntada por Marx: "El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado" (p. 310).

pueden llegar incluso al exterminio; ese proceso, por supuesto, no es una mera "transformación económica", sino que se cumple mediante la más desatada y cruda de las violencias (recordemos que Marx había calificado a ésta como "la partera de la historia" y, también, como "una potencia económica"). 4] Entre la clase obrera de los países metropolitanos se ve surgir un generalizado ánimo reformista y conciliacionista (cuyas causas económicas y políticas ya vimos) que la inhabilitan temporalmente para luchar revolucionariamente contra sus clases dominantes. 5] Reconoce la posibilidad, en el marco del mercado mundial, de que la transición al socialismo se inicie desde las condiciones del "atraso" y el "subdesarrollo"; y entrecomillo esas designaciones porque Marx, incluso, llega a postular como favorable para la transición la supervivencia de algunos modos de producción "arcaicos" (como la comuna rural) y los hábitos cooperativos que engendra.⁷⁶ 6] La aparición de una nueva etapa mundial de la producción capitalista exagera las contradicciones vistas y confirma la previsión en ese probable curso de la revolución mundial. 7] Esperaba que al estallar primero en las áreas atrasadas, la revolución repercutiría en los países industrialmente más desarrollados, en donde la clase obrera recuperaría aliento revolucionario. Respecto a este último punto, lo que se produjo, como lo vio Lenin ya en 1917-18 y aún más claramente después de las derrotas de las revoluciones húngara y alemana, fue una escisión en el ritmo de la revolución entre los dos "espacios", lo cual puede explicarse sustancialmente por motivos políticos; pero eso es otra historia, que debe contarse en otra ocasión.

Me he ceñido aquí a un re-examen de la teoría de la revolución de Marx, tal y como la fue modificando a lo largo de sus últimos veinte años de vida. Es un intento de reinterpretación que juega contra la interpretación generalmente aceptada, convertida en "sentido común", y que contiene la esperanza de contribuir a ampliar nuestro horizonte crítico. Frente a las consecuencias de largo alcance que se derivan de este aspecto tan descuidado del pensamiento de Marx, resulta inevitablemente pobre una de las principales conclusiones políticas que extrajo de la Comuna de París de 1871 (dejo de lado la fundamental aportación teórica sobre el Estado de transición), y nótese que digo "pobre" y no "desdeñable". Contenida en la *Guerra civil en Francia*, en el Prólogo de 1872 al *Manifiesto comunista* y, más claramente, en una carta a Kugelman del 12 de abril de 1871, consiste en lo siguiente: "la condición previa

76 [...] la propiedad común de la tierra le permite transformar directa y gradualmente la agricultura parcelaria e individualista en agricultura colectiva, y los campesinos rusos la practican ya en las praderas indivisas [...] la familiaridad del campesino con el contrato de *artel* le facilita la transición del trabajo parcelario al trabajo cooperativo", en *Escritos sobre Rusia*, cit., p. 37. En donde los ocupantes extranjeros se dedicaron a destruir la comuna, como "los ingleses en las Indias orientales", "sólo lograron estropear la agricultura indígena y redoblar el número y la intensidad de las hambrunas" (p.56).

de toda revolución popular en el continente" depende de la "*demolición* de la máquina burocrático-militar". Es decir, de la aniquilación de los instrumentos y medios fundamentales de poder del enemigo (hay que reparar en que Marx habla de "revolución popular" para aludir a una necesaria alianza social y política de las clases y sectores explotados). No se me escapan los alcances de esos desarrollos del pensamiento de Marx (algunos de los cuales, como ya vimos, se formularon en un fuerte tono autocrítico). En resumidas cuentas, abren una perspectiva diferente para abordar críticamente no sólo el curso teórico del marxismo posterior, sino también las estrategias económicas y políticas de construcción socialista tal y como se han practicado. Deliberadamente he dejado fuera de este estudio la obra de Engels. Sobre todo, porque es irrecusable la existencia de diferencias de enfoque y de perspectiva política (especialmente por lo que concierne al mundo subdesarrollado) entre él y Marx. Precisarlas y discutir las me hubiera llevado más allá del objetivo de este trabajo. No se debe menospreciar la contribución de Engels a la construcción de los fundamentos del materialismo histórico, pero hay que desechar el mito de la completa unidad de criterios entre él y Marx. Es preciso atender tanto a sus coincidencias como a sus diferencias.

Es evidente que en el mundo actual existen problemas que Marx no pensó ni podía pensar. Pero su obra sigue siendo una fuente todavía inagotada que refresca y alimenta nuestra inteligencia y nuestra imaginación, que nos ofrece respuestas y nos indica rumbos. Redujo el capital y el poder a su verdadero contenido: un nexo social y por tanto histórico, un episodio tan sólo en la muy larga historia de la sociedad humana. Interpretó la realidad, la práctica histórica, y propuso posibles líneas de acción. Y de la validez y vigencia de algunas de ellas, apenas nos estamos percatando. Legó una obra científica (¿y qué es la ciencia, como dicen los modernos científicos de la naturaleza, sino un modo de pensar crítico?) que es necesario ubicar en el tiempo. El arco de su vida y de su obra transcurre en un periodo crucial, durante el cual se construyeron los fundamentos del mundo en que vivimos. Va del pleno triunfo del capitalismo a escala planetaria a la aparición de la fase imperialista. Pero, además, su herencia teórica rebasa con mucho la obra en sí: consiste sobre todo en un modo de pensar y entender críticamente el universo social de los hombres y en enfrentar activamente sus contradicciones para superarlas. Vivimos ciertamente en una época de incertidumbre. Pero quizás lo que está produciéndose es una liberación general del pensamiento de todas sus anteriores trabas. "El mayor logro de la ciencia del siglo XX —escribió hace poco el doctor Lewis Thomas— ha sido el descubrimiento de la ignorancia humana. Vivimos como nunca antes en el azoro ante la naturaleza, el universo, y más que nada ante nosotros mismos." Que caiga la manera fetichizada de acercarse a Marx, y que se destruyan los dogmas en que durante demasiado

tiempo fueron convertidas parte de sus ideas, además de ser un hecho jubiloso, ¿no es también un signo de revitalidad? ¿El azoro que describe el científico y escritor no será, tal vez, como hubiera dicho Hegel, "el signo premonitorio de que algo otro se avecina"? El *trabajo* científico, propone el mismo Thomas, es la única manera de enfrentar los enigmas, nuestras incertidumbres. Para los marxistas y las clases dominadas, por su parte, la única manera de enfrentar los enigmas de la historia, del futuro, consiste en hacer la revolución, el gran trabajo colectivo orientado a la liberación, a la creación de un mundo nuevo.